

EL MONASTERIO DE GRIMSLEY



MICOL MASONI

Una vertiginosa novela corta de
terror psicológico que te atraparás...

EL MONASTERIO DE GRIMSLEY

Micol Masoni

Derechos de autor © 2026 Micol Masoni

Todos los derechos reservados

Los personajes y eventos que se presentan en este libro son ficticios. Cualquier similitud con personas reales, vivas o muertas, es una coincidencia y no algo intencionado por parte del autor.

Ninguna parte de este libro puede ser reproducida ni almacenada en un sistema de recuperación, ni transmitida de cualquier forma o por cualquier medio, electrónico, o de fotocopia, grabación o de cualquier otro modo, sin el permiso expreso del editor.

Diseño de la portada de: Manuel Miranda

CONTENIDO

[Página del título](#)

[Derechos de autor](#)

[NOTA DE AUTORA](#)

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 9](#)

[Capítulo 10](#)

[Capítulo 11](#)

[Capítulo 12](#)

[Capítulo 13](#)

[Capítulo 14](#)

[Capítulo 15](#)

[Capítulo 16](#)

[Agradecimientos](#)

[Libros de este autor](#)

NOTA DE AUTORA

Querido lector,
Esta es mi primera incursión en el género del terror, y debo decir que ha sido una experiencia tan desafiante como fascinante. Escribir esta historia me ha llevado por caminos oscuros, incómodos, pero también reveladores. Explorar el miedo desde dentro, darle forma y voz, ha sido un proceso que no olvidaré.

Desde el inicio supe que quería escribir una novela breve, de impacto. Técnicamente esta obra se acerca más a lo que se conoce como nouvelle: un formato intermedio entre el cuento y la novela. La nouvelle exige precisión, ritmo y una narrativa sin distracciones. Por eso, este libro cuenta con poco más de 20.000 palabras. No hay espacio para el relleno. Cada escena, cada diálogo, cada silencio está ahí con intención. Quería una historia reducida al hueso, que enganchara y dejara huella.

Como lector, puedes esperar una experiencia concentrada: una trama que avanza sin titubeos, un ambiente que se estrecha a tu alrededor y una tensión que no da tregua. La brevedad no suaviza el golpe; al contrario, lo hace más directo.

Además, esta obra se adentra en el terreno del terror psicológico, un tipo de horror que no depende de monstruos visibles, sino de la mente humana. Sus armas son la sugestión, la duda, la paranoia y la

sensación de que algo no encaja del todo, incluso cuando nada explícito ocurre.

Considero importante advertir que esta obra está dirigida a un público adulto. Contiene escenas intensas, inquietantes, y no está pensada para quienes no disfrutan del género o son especialmente sensibles a ciertos temas.

Esta historia trata sobre traumas, heridas emocionales y decisiones difíciles que podrían incomodar o remover a algunas personas. Si no eres lector habitual de terror, quizás este no sea el mejor punto de partida.

Por último, aunque lo que aquí se narra pueda parecer real, no lo es. Esta es una obra de ficción. Todo lo que ocurre en estas páginas nace de la imaginación, no de los hechos.

Ahora que sabes lo que te espera, si decides seguir adelante... que sea bajo tu propia luz.

CAPÍTULO 1

Grimsley no era solo un nombre. Era mucho más que eso. Solo un pequeño nicho lo reconocía como uno de los investigadores paranormales más influyentes del siglo XVIII. Uno de los primeros. Para el resto del mundo, que vivía ignorante del maligno, su nombre no era más que vaho disperso en el aire frío de una noche sin estrellas.

Pero para otros, quienes sí lo conocían, su nombre infundía miedo. Sabían que su enfoque no era científico ni riguroso. Era sistemático, sí, pero profundamente poco ortodoxo.

Había escrito libros llenos de historias macabras. Descubrimientos que debían permanecer ocultos, al igual que su colección de reliquias, prudentemente aisladas por la Iglesia.

Nadie debía acercarse a aquellos objetos, cuyas sombras encerraban maldiciones. El maligno vivía, se resistía y respiraba a través de ellos.

No eran meros objetos que alguien pudiera contemplar en un museo. Eran entidades habitadas por demonios. Habían maldecido. Habían perseguido. Habían matado. Y ahora... ahora permanecían bajo llave, al cuidado de uno de los exorcistas más reconocidos por la Iglesia Católica: Anthony O'Deorain.

Llevaba años en aislamiento en aquel monasterio perdido de la mano de Dios, acogido en el vientre húmedo de Glen Affric: uno de

los bosques más antiguos y oscuros de Escocia.

Cada día se superaba a sí mismo para no perder la cordura y cumplir con su deber: exorcizar aquellos objetos macabros para que no pudieran engullirlo con sus lenguas de fuego y sangre, y tragarse al mundo entero.

Cada día tenía que bajar allí, perderse entre pasillos y estantes, y bendecir... Agua bendita. Frases de la Biblia. Escalofríos, sus únicos compañeros inseparables en el sótano de aquel monasterio, perdido entre la espesa niebla y los recurrentes temporales.

Todo en aquel sitio era espectral. Todo infundía miedo. Todo reclamaba salir a la luz... una luz teñida de sangre. Una luz que alumbraba el terror que se comía la piel, relamiéndola como una lengua hambrienta y haciéndola gotear de miedo.

Su frente estaba perlada de sudor. Aquel día no se encontraba bien. El estallido de un trueno lo sobresaltó.

—Dios te salve, María, llena eres de gracia... —empezó a rezar, sosteniendo con una mano una copa de bronce llena de agua bendita.

La muñeca de trapo con aspecto de niño, sentada frente a él, llena de agujas como si una muerte atroz la hubiera llevado al infierno, le devolvía la mirada. Una mirada hueca. Implacable. Espectral.

Más sudor.

Anthony apoyó la copa en un estante a su lado, desesperado por desabrocharse un poco más la sotana negra y el cíngulo que le rodeaba la cintura.

Necesitaba respirar. Necesitaba volver a ser libre. Pero esos objetos, la Iglesia, la vida que había elegido, hacía tiempo que lo habían condenado.

—El Señor es contigo. Bendita tú...

Algo, un nudo oscuro, empezó a instalarse en su garganta, sofocándole las palabras, ahogando sus pulmones. Alguna fuerza oscura que se mofaba de él lo estaba usando como un juguete que se resiste a romperse. Un títere en manos sombrías.

Anthony luchó contra aquella entidad maldita que lo atacaba. Carraspeó. Intentó respirar más hondo y más lento, mientras la muñeca de vudú seguía allí, imperturbable y fría, observando cómo él se doblegaba a sus pies.

—Bendita tú eres entre todas las mujeres, y bendito... bendito...

Le faltaba el aliento. Sus labios empezaban a tornarse azulados y la cara, morada. Era como si unas manos invisibles apretaran su cuello, cortándole el oxígeno. Se estaba asfixiando, apagándose lentamente como las llamas de las velas en aquella oscura habitación.

Otro relámpago sacudió el cielo y un trueno atronador hizo retumbar las paredes del monasterio maldito.

El exorcista cayó de rodillas. El crucifijo colgando de su cuello, ahora agarrado con desesperación en una lucha histérica por sobrevivir.

—Bendito es el fruto de tu vientre, Jesús.

Pero lejos del Señor, las retinas de sus ojos proyectaban la imagen distorsionada de otro niño. No era Jesús. No era nuestro salvador. Era un trapo sucio, lleno de agujas, con forma de niño, que lo miraba con una expresión enigmática, casi divertida, pintada en su diabólica cara.

La mano de Anthony, que apretaba con fuerza el crucifijo, comenzó a aflojarse. Su cuerpo empezaba a rechazar las órdenes que venían de su voluntad.

—Santa María, Madre de Dios, ruega por nosotros, pecadores, ahora y en la hora de...

El nudo que le cerraba la garganta se volvió insoportable, hasta que su visión se tornó borrosa. Todo a su alrededor empezó a girar, y un fuerte olor a humedad y polvo viejo le cortó el aliento.

Un ojo. Un cuchillo. Hierbas. Relámpagos. Sombras. Una sonrisa torcida. Una muñeca con agujas.

¿Qué estaba pasando a su alrededor? ¿Qué eran esos susurros siniestros hablándole dentro de su cabeza? ¿Qué demonios le estaba ocurriendo?

Con una gran fuerza de voluntad y haciendo acopio de la poca adrenalina que aún le quedaba en el cuerpo, el exorcista consiguió pronunciar sus últimas palabras. Las que finalmente lo llevarían a su propia tumba... o a su propio infierno.

—En la hora de nuestra muerte. Amén.

Un golpe sordo contra el suelo retumbó en el silencio espectral del sótano. Engullido por aquellas paredes perversas. Un charco de sangre empezó a brotar de su sien. El mismo crucifijo que él usaba contra el demonio había cambiado de bando. Estaba ahora invertido. Deseoso de abrirle la cabeza de un tajo y, allí mismo, devorarlo todo.

CAPÍTULO 2

Liath levantó de golpe la cabeza. Los ojos le ardían con intensidad, y un espeso líquido rojo se deslizaba desde su frente, recorriendo sin prisa su cuerpo desnudo hasta caer a sus pies. El agua de la bañera se había teñido en poco tiempo de un rojo rubí que empezaba a manchar las paredes a su alrededor. Parecía sangre.

Liath bajó la mirada hacia su precioso colgante de oro: un crucifijo que un cura le había regalado años atrás, cuando aún era una niña, por su voluntariado en la iglesia. Lo observó sangrar.

—¡Hostia puta! —La voz de su novio la hizo volver a mirar al frente.

—¿Qué haces aquí, Lochlann?

—¡Si este baño parece la escena de un crimen! —se quejó él, sonriendo—. Espera que coja la cámara y lo grabe para nuestros followers...

Se mofó mientras se acercaba a ella, quitándose el jersey de lana.

—¿Serás tonto? ¡Que estoy desnuda, joder! —exclamó ella, volviendo a mojar la cabeza para que el resto del tinte rojo desapareciera de su pelo.

—Estás como a mí me gusta... —susurró él, bajándose los pantalones con gestos sugerentes y cargados de deseo.

—¿Te duchas conmigo? —le preguntó ella con una expresión levemente lujuriosa, que le iluminaba el rostro.

—¿Acaso tengo algo mejor que hacer?

CAPÍTULO 3

—¡Vamos, Bran! ¡Date prisa, que Liath y Lochlann nos están esperando abajo! —le exigió su novia.

Nessie Blackwood era la mejor amiga —y ahora socia— de Liath Ravenscroft. Se conocían desde el primer año de universidad en Edimburgo. Por alguna razón enterrada en sus dolorosos pasados, ambas decidieron apuntarse a Ciencias de las Religiones. Una carrera que sus familias no acogieron con los brazos abiertos... hasta que las chicas lograron demostrarles que, en la era de la tecnología y las redes sociales, estos estudios podían volverse lucrativos.

Tenían 24 años cuando empezaron, y con la ayuda de sus respectivos novios comenzaron a crear contenido sobre lo paranormal. Muy pronto se convirtieron en referentes del sector. Sus vídeos eran virales, y los nuevos suscriptores no paraban de llegar a su canal.

El secreto de su éxito no residía solo en cómo grababan, sino en lo que contaban. Gracias a sus estudios, sabían explicar con claridad conceptos clave que fascinaban a su audiencia.

Ahora, con 26 años, ya tenían dinero suficiente para vivir del cuento durante al menos cinco años. Aunque, claro, eso no estaba en sus planes. Les apasionaba su trabajo y tenían ideas para seguir creciendo y expandir su negocio a otros sectores.

Solo tenían que seguir creando contenido, ganar más dinero y luego sentarse a la mesa para explorar nuevas vías. Quizás escribir libros sobre sus experiencias. Tal vez enfocarse en el merchandising. O, ¿por qué no?, crear mazos de tarot y oráculos. Incluso montar tiendas online sobre ocultismo podía ser una opción interesante.

Pero ahora mismo todo eso daba igual. Todas esas ideas, aunque atractivas, debían yacer en sus libretas, esperando ser desempolvadas más adelante.

Lo único que importaba era el viaje al monasterio de Grimsley, perdido en los tétricos bosques de Glen Affric.

Hacía menos de un mes que habían anunciado en redes sociales que grabarían allí, y alguien de la Iglesia se puso en contacto con ellos casi de inmediato para organizar la visita.

El 31 de octubre. Noche de Halloween. No podían haber elegido una fecha mejor para visitar aquel siniestro monasterio, presidido por uno de los tantos exorcistas de la Iglesia Católica.

Nessie no cabía en sí de emoción y detestaba que Bran, como de costumbre, tardara tanto en arreglarse.

—Tranquila, nena, ya casi estoy... No encuentro el nuevo objetivo gran angular que me llegó el otro día... —la tranquilizó él, molesto por no recordar dónde demonios había puesto la caja, aún sin abrir.

—¿Has mirado dentro del cajón de la mesita de noche? —le sugirió Nessie, levantando los ojos al cielo y dejando escapar un suspiro de resignación. Con Bran era siempre la misma historia. Su capacidad para llegar tarde a cualquier sitio era casi un don innato.

—Joer, nena... ¡Que he mirado y no está! A ver si la he metido en...

Pero esta vez Bran no logró terminar la frase, porque el móvil de Nessie empezó a sonar. Ella lo cogió entre sus manos bien cuidadas,

con uñas postizas largas y negras, y un anillo de prometida en el dedo anular de la mano izquierda. Miró a Bran y contestó.

—Lo siento, Liath... Todavía no estamos listos...

—¿Qué se le ha olvidado esta vez? —preguntó la cálida voz de su amiga al otro lado de la línea.

—Ya sabes cómo es Bran... —susurró Nessie.

Al otro lado, Liath se rió.

—Oye, nena... ¡Que te oigo! ¡Deja ya de tomarme el pelo y ayúdame a buscar el maldito gran angular! —le espetó él, empezando a sudar de tanto correr de un lado a otro.

—¿Así que esta vez le tocó al objetivo? —se mofó Liath, lanzándole una mirada a Lochlann, que justo se había acercado para chafardear la conversación. Liath volvió a reírse mientras su novio le plantaba un beso en el cuello.

—Al parecer, sí... Ya ves, nos faltan unos cuantos objetos perdidos por añadir a su lista infinita de cosas desaparecidas...

—¡Nena! —le gritó Bran desde el pasillo, con voz triunfal—. ¡Lo encontré! ¡La madre que lo parió!

Nessie entornó los ojos y levantó la mano en puño, en señal de victoria.

—Estaba en el mueble del baño, al lado del retrete... —explicó la ronca voz de Bran, afectada por los muchos cigarrillos que últimamente se estaba fumando.

—¿Ya lo has oído, Liath? —le preguntó su amiga, riéndose.

—¡Bien hecho, Bran! —lo vitoreó ella al otro lado de la línea, mientras Lochlann cogía las llaves del coche.

—Nessie, ¡salimos ahora de casa! En quince minutos os recogemos —le dijo finalmente, antes de colgar la llamada.

CAPÍTULO 4

Hacía frío, y la humedad le devoraba los huesos, traspasando la fina capa de su ropa y penetrando, implacable como la hoja de un cuchillo, su piel helada.

Aquel sitio le daba grima. Mucha grima. Era como si algo ancestral, primitivo dentro de él, pudiera captar un ambiente cargado de presencias malvadas. No las veía, pero sabía que estaban ahí, encerradas en esas malditas paredes.

Malcom se abrochó el cingulo de su sotana negra, lanzando una última mirada rápida al espejo frente a él. Una sombra. Un reflejo. Durante una fracción de segundo, el exorcista creyó ver una silueta oscura deslizándose rápidamente a sus espaldas.

Tragó saliva e instintivamente se llevó ambas manos al crucifijo que colgaba de su cuello. No lograba imaginar cómo su predecesor, el exorcista Anthony O'Deorain, había podido vivir solo durante tantos años en aquel lugar cuyo aire, viejo y execrable, podía apoderarse de la cordura de cualquiera en cuestión de horas.

Suspiró, alejando la mirada del espejo. Odiaba los espejos. O eso creía. Pero esto, cualquier entidad demoníaca lo sabe muy bien: no se trata del espejo en sí. Es el reflejo. Es la imagen proyectada en su superficie. Es un pedazo del alma que se mira a sí misma: con sus pecados, con sus heridas, incapaz de redimirse y alcanzar la paz suprema.

Porque de eso se trataba. De su conciencia. Había muchas grietas por las que el maligno podía filtrarse y campar a sus anchas.

Torturarlo. Controlarlo. Llevarlo a la perdición. Porque él no era inocente. Muchos eran los pecados que había cometido. Quizás por esa misma razón le tocaba ahora estar en el sitio en el que estaba.

Se dio la vuelta para salir de la habitación, sumida en la penumbra de un cielo sin sol, cuando un objeto abandonado sobre una silla vieja y polvorienta llamó su atención. Lo miró detenidamente y se estremeció. Cuánto dolor había tenido que soportar su predecesor, encerrado solo, como un animal abandonado a su destino. Y lo que es peor: en aquel sitio que no perdona. Perturba.

Cogió la fusta negra con la que supuso que Anthony O'Deorain se había flagelado más de una vez, y la guardó dentro de un armario que olía a madera y naftalina. No le gustaba la penitencia. De nada serviría con él: su alma oscura jamás alcanzaría la redención.

* * *

—¡Cuidado con esos baches, Lochlann! —le advirtió Bran, escrutando con preocupación las irregularidades del estrecho sendero montañoso, sin asfaltar, que se abría paso fuera de la ventanilla del todoterreno.

—Tranquilo, tío... No hay nada que pueda detener a mi coche —contestó Lochlann, agarrando con fuerza el volante. El mismo coche que le había costado una fortuna, que ahora tenía bien resguardada entre acciones, planes de inversión y en la caja fuerte de su casa.

—¿Ni siquiera el tronco de ese árbol que corta el paso? —se mofó su novia, con un amago de sonrisa en su delicado rostro de rasgos escoceses.

—¡Oh, mierda! —se quejó Lochlann, apretando la mandíbula y tensando los músculos. "¡Menuda cagada!", pensó para sus adentros.

La lluvia seguía cayendo despiadada, golpeando el coche, los árboles y el sendero con pequeñas lágrimas de escarcha que parecían flechas lanzadas por el viento para destruir todo lo que estaba abajo. Los relámpagos eran susurros siniestros que anunciaban gritos atronadores en el cielo.

—Tenemos que volver... He visto otro sendero que podría servirnos de atajo —sugirió él, sin mucha convicción.

—Está bien, pero déjame grabar una pequeña toma... ¡Este escenario es perfecto! —pidió Bran, empuñando la cámara con su nuevo objetivo.

—¿En serio quieres grabar ahora, churri? —objetó su novia, entornando los ojos.

—¿Queréis o no contenido de calidad para las redes? —contraatacó él, con un argumento que no carecía de razón.

—Está bien, está bien... —le concedió Lochlann, rascándose la cabeza con la mano derecha, pensativo—. Haz lo que tengas que hacer y vámonos de aquí. Este bosque me da una grima que te cagas...

Bran sonrió y bajó del coche de un salto. Su cuerpo era atlético y bien entrenado, a pesar de castigarlo continuamente con cigarrillos y cervezas.

—¡Toma esto! —Nessie le tendió un paraguas, bajando del coche junto a él.

—¡Venga, chicos, que sea rápido! —los apremió Liath, levantando la voz para que la escucharan desde fuera del vehículo.

Se estremeció. Un pequeño temblor que no pasó desapercibido a los ojos de su pareja, quien alargó la mano hasta tocarle la

entrepierna. No era por la poca ropa que cubría su cuerpo, ni por el aire frío que calaba hasta devorar los huesos. Era algo más oscuro. Algo más profundo, que la hacía temblar hasta que el miedo recorriera su piel, sacudiéndola.

—¿Estás bien, cariño? —le preguntó su novio, deslizándose la mirada preocupada desde el lúgubre camino que se abría paso al otro lado del parabrisas, avasallado por el granizo, hacia el rostro pálido de Liath.

—Sí... Tranquilo... Solo tengo ganas de llegar al monasterio cuanto antes. Ya casi es de noche y no me hace gracia seguir por aquí...

—Esta vez nos hemos pasado de listos... —observó Lochlann, pensativo.

—¿A qué te refieres? —se interesó ella, cogiéndole la mano entre las suyas y acariciándola con ternura.

—Me refiero a que esta grabación me da mala espina... No conozco muy bien a ese Grimsley ni sé a qué nos enfrentamos, pero... no sé... No me convence...

Liath entendía perfectamente las dudas y reservas de su pareja. Es más: las compartía plenamente. Pero, aun así, decidió quitarle hierro al asunto.

—Escucha, intenta no preocuparte... Piensa que no estamos solos. Allí estará un exorcista acompañándonos en todo momento. Además, lo importante es que mantengamos una oración constante, llevemos con nosotros un crucifijo y, sobre todo, evitemos el contacto físico con esos objetos demoníacos —le recordó, mientras Bran y Nessie volvían a subirse al coche.

Lochlann asintió con una expresión seria y austera. Acto seguido, puso marcha atrás y el coche obedeció, no sin emitir antes un molesto quejido quejumbroso.

* * *

Ahí estaba. En el sótano espeluznante del monasterio de Glen Affric, frente a una muñeca de trapo que representaba la figura de un niño perverso, con miles de agujas atravesándole por todas partes. Vudú. Una de las prácticas ancestrales más antiguas, nacida originalmente como forma de sanación, que pronto el maligno reclamó con fines destructivos, manipulativos y vengativos.

Malcom la observó atentamente, como hipnotizado. Finalmente deslizó la mirada al suelo y se encontró con una pequeña mancha roja, justo a los pies de la muñeca, exactamente en el lugar donde un crucifijo invertido había abierto la cabeza a su predecesor. Todavía podía percibir el olor a hierro y descomposición que impregnaba aquellas fantasmales paredes.

Lanzó un profundo suspiro para intentar calmarse, antes de acercarse a la muñeca de trapo. Necesitaba bajarla de aquella silla polvorienta. Sus manos se cerraron sobre ella, temblorosas, y una descarga inmediata de adrenalina le atravesó el cuerpo como un relámpago hambriento.

Aquel contacto le dolió. Lo dejó sin aliento durante un instante, hasta que... sus manos empezaron a sangrar frente a la mirada hueca y enigmática de aquel objeto oculto y peligroso. Se había pinchado con esas malditas agujas que algún día alguien había usado para maldecir.

CAPÍTULO 5

Fragmento del diario de Grimsley, año 1817

Me acerqué con paso firme al niño de ocho años postrado en la cama. Me miraba con rabia, con desafío, con ganas de arrancarme la piel a mordiscos. Su boca echaba espuma. El color de su rostro era cadavérico. Pero lo que más me perturbaba eran sus ojos ausentes... abiertos como platos y fijos en mí. Dos metralletas que no me perdían de vista, a punto de disparar.

Mantuve la expresión serena, la atención focalizada. A pocos pasos de él, había un muñeco de trapo sucio con una expresión enigmática estampada en su rostro maligno.

—Esta batalla la ganaré yo... mi amigo Grimsley... —me condenó el niño, hablando con una voz siniestra: una mezcla entre el grito de un hombre adulto y el rugido de un animal herido.

El aire olía a sudor, a enfermedad... y a algo más. Parecía tierra mojada, pero con notas ácidas, como si la misma naturaleza se estuviera marchitando allí mismo, en esa casa escocesa de campo, alejada del mundo entero.

No le hablé. No respondí. Me limité a seguir el protocolo. Mi protocolo. Me acerqué para atarlo a la cama, no sin escuchar las protestas de su madre, llorando.

—¡Por favor, tenga cuidado! ¡Es mi hijo! —me suplicó, deshaciéndose en lágrimas amargas que le nublaban la vista.

—No se preocupe, doña Eleanor... El demonio es quien controla ahora mismo a su hijo, pero lo erradicaremos, como si se tratara de una mala hierba crecida por error.

El sonido aterrador de una carcajada se levantó en medio de aquel aire viciado. El niño se reía con pura diversión. Una risa inhumana, más parecida al rugido de un león momentos antes de abalanzarse sobre su presa.

Lo confieso: todavía hoy, aquella carcajada infernal retumba en mi mente, provocándome escalofríos.

Soy un profesional que muchos tachan de poco ortodoxo. Retorcido. Alguien incluso llegó a considerarme despiadado. Pero más allá de todas esas "características" que la gente me atribuyó, soy un hombre. Y la carne se estremece frente a presencias tan poderosas y peligrosas como la que tenía delante de mí en aquel momento.

El niño seguía mirándome con una expresión vacía y delirante. Podía ver las venas de su cuello palpar a través de su piel azulada con cada carcajada estremecedora que me dedicaba.

Su voz... jamás podré olvidar aquella voz ronca de animal que todavía parece estar atascada en algún rincón recóndito de mis oídos.

La muñeca seguía a su lado, silenciosa. Imperturbable. Aunque yo sabía perfectamente que nos estaba gritando conjuros. La magia oscura impregnaba aquellos tejidos sucios y dañados, dándoles vida. Pero ella no se movía. Aguardaba. Paciente, en la penumbra de aquella habitación.

—¿Quién trajo a casa esa muñeca? —le pregunté a la madre del niño, sin rodeos.

—Se... se... la regaló un monje... —balbuceó la mujer entre gemidos.

—¿Un monje? —repetí, pensativo.

—Llevaba una sotana negra, una cofia... sandalias...

—¿Lo conocían? —seguí indagando, intentando mantener la calma. Sabía que el demonio me estaba estudiando, buscando cualquier debilidad, cualquier fisura por donde filtrarse hasta lo más profundo de mi alma y allí jugar su última partida.

—N... no... No era de la iglesia del pueblo y... no... no volvió a aparecer...

—Entiendo... —asentí, buscando algo, algún indicio que no encajara—. Y dígame, doña Eleanor: ¿llevaba ese cura un crucifijo consigo?

La mujer se quedó pensativa, y el silencio nos envolvió en su oscuro manto de misterio y miedo.

—¡Te mataré! ¡Os mataré a los dos, malditos perros! —la voz ronca del niño tronó como un relámpago que hace añicos un cielo tempestoso. Aquella criatura forcejeó contra mis ataduras con una furia inhumana. Una sacudida tras otra, hasta abrirse la delicada piel en carne viva. Seguía echando espuma por la boca y me miraba riéndose, a pesar del dolor que se estaba infligiendo.

Su madre retrocedió unos pasos, con los ojos abiertos como platos, las manos cubriéndose la boca. Desencajada.

—Eleanor... —volví a insistir. El tiempo apremiaba y yo necesitaba resolver aquel puzle antes de que el demonio me ofreciera la última pieza.

—Cre... creo que sí... Sí, lo... lo llevaba... Yo... creo que lo llevaba...

—¿Al cuello?

—N... no... estaba... creo que pendía de su cingulo...

Registré aquellas palabras como si mi puñetera vida dependiera de ellas.

—P... pendía in... invertido... —acabó la confesión aquella pobre mujer, dándome involuntariamente una bofetada de terror que me cerró el estómago de golpe.

Solo podía tratarse de una persona. Lo pensé para mis adentros. Era él, no cabía duda: el anticura. Posiblemente el mismo que llevaba persiguiendo desde que empecé mi carrera como investigador paranormal.

Una verdad me golpeó como una certeza implacable: aquella muñeca debía ser aislada cuanto antes por el bien de la humanidad. Pero no sería tan fácil, pues ya había encontrado al verdugo que la defendería.

Aquel niño, que nada tenía ya de infantil salvo su menuda estatura, se elevaba siniestramente sobre la cama, observándonos con ojos ausentes. Parecía flotar en el aire. Me froté los ojos, como para asegurarme de que no fuera una ilusión de mi cerebro jugándome una mala pasada.

Pero cuando volví a enfocar lo, su rostro estaba a escasos centímetros del mío.

—Grimsley... eres mío... —susurraron sus labios torcidos en una macabra sonrisa.

Y en ese mismo instante, mi corazón dejó de latir.

CAPÍTULO 6

Malcom volvió a subir por las escaleras del sótano. Necesitaba desinfectarse las heridas que las agujas de aquella muñeca le habían abierto en las manos cuando intentó moverla. Dios sabía cuántas bacterias se habrían anidado allí a lo largo de los siglos, y no quería ser él quien las descubriera.

Maldijo por lo bajo y siguió avanzando hasta llegar al final de aquella lúgubre escalera. Con un escalofrío recorriéndole la espalda, cerró la puerta detrás de sí y encendió la luz de la planta cero. Palpitantes destellos de una luz amarillenta golpearon sus ojos como agujas. Cerró y volvió a abrir los párpados, maldiciendo una vez más su fotosensibilidad.

Y como si alguien lo hubiera escuchado, las luces se apagaron de golpe. ¿Un contacto? ¿Un cortocircuito? O quizás... algo más oscuro había provocado el apagón.

* * *

—¿Estás seguro de que vamos bien, tío? —le preguntó Bran MacOdhar a su compañero Lochlann MacGregor.

—Se ve todo tan oscuro... Tengo la piel de gallina... —observó Nessie, abrazándose a sí misma para reprimir un escalofrío que no era de frío ni de miedo. Era un mal presentimiento.

—El GPS hace rato que dejó de funcionar, chicos... No tenemos cobertura por aquí... Así que no sé... —contestó Lochlann, dudando y apretando con más fuerza el volante de su todoterreno. La lluvia seguía golpeando el coche, implacable, y el espectral paisaje boscoso al otro lado del parabrisas aparecía fragmentado como un espejo roto.

—¡¡¡Lochlann, para!!! —le gritó de repente su novia, Liath, sobresaltándolo.

—¿Qué coño pasa? —espetó Bran, chocando contra el asiento delantero. Se había olvidado de volver a atarse el cinturón y, debido al brusco frenazo, su cuerpo fue empujado con violencia hacia delante.

—¿Estás bien? —le preguntó Nessie, preocupada.

Bran se recompuso enseguida, asintiendo con la cabeza, aún inquieto.

—¿Qué ha pasado, Liath? —volvió a insistir, frente al silencio de ella y de Lochlann.

—¿Liath? —la llamó ahora Nessie, quitándose el cinturón de seguridad para incorporarse hacia ellos.

Nadie contestó. Pero Bran vislumbró las miradas heladas de sus amigos desde el espejo retrovisor. Intercambió una rápida mirada con Nessie, quien puso una mano sobre el hombro de su amiga para llamarla.

Nadie habló. Nadie reaccionó.

Finalmente, Bran bajó de un salto del coche, empapándose en cuestión de segundos. ¿Qué habían visto sus amigos para quedarse así?

—¡Vuelve aquí, Bran! ¿Estás loco? —le gritó Nessie, su voz desesperada amplificadas por el eco dentro del coche.

Pero ya era tarde.

Bran había bajado, y lo que vieron sus ojos le heló la sangre en las venas: una mujer tendida en el suelo empapado, justo delante del coche. Parecía gravemente herida. Y a unos pocos pasos de ella, un animal. Un ciervo rojo que ahora los miraba con profundos ojos negros, inyectados en sangre. Parecía haber estado olisqueando —o quizás bebiendo— la sangre que brotaba de la herida de aquella mujer cuando ellos llegaron.

Bran se quedó allí, paralizado ante aquel escenario, presa del terror más atroz.

* * *

Malcom alumbró el camino frente a él con la luz de la pequeña linterna que siempre llevaba consigo, guardada en uno de los bolsillos de su sotana. Como si fuera un salvavidas. Algo a lo que aferrarse cuando el miedo se apoderaba de él y lo poseía.

Un haz de luz polvorienta temblaba sobre el largo pasillo de la planta cero, mientras enormes ventanales lo acompañaban hasta su destino. Los destellos de los relámpagos añadían más luz a aquel vestíbulo que parecía perderse entre sombras y frías piedras medievales.

Lamentablemente, no tenía otra opción: Malcom debía recorrerlo hasta el final para llegar al contador de luz y, con suerte, reactivar el sistema eléctrico.

Se movía con paso titubeante. Con incertidumbre. Con un miedo que le helaba la sangre. Estaba solo en aquel sitio maldito, perdido en los bosques más remotos de Escocia. Nadie lo salvaría. Nadie lo hizo con su predecesor, Anthony O'Deorain, cuyo cuerpo fue hallado ya en descomposición días después de su muerte y sepultado directamente. Nadie se molestó en llevar el cadáver a un forense

para determinar la causa exacta del fallecimiento. Se hipotetizó un infarto. Un paro cardíaco. La brecha abierta en una de sus sienes fue considerada un efecto colateral de la caída provocada por el desvanecimiento. Murió solo, y solo lo enterraron.

Malcom tragó saliva. Sabía que a él no le daría ningún infarto, pero aquel ambiente absorbía todas sus energías, dejándolo vulnerable. Expuesto. Por un momento, maldijo por lo bajo el día en que aceptó trasladarse a ese lugar, alejándose de la comodidad y seguridad de su hogar. Pero la verdad era que tampoco tuvo muchas opciones cuando lo llamaron para pedirselo.

Mientras avanzaba con la mirada fija en el final del pasillo, una corriente de aire frío lo atravesó como la hoja helada de una espada. Unos susurros siniestros llegaron sin pedir permiso a sus oídos, quizás llevados por el viento, quizás por entidades oscuras, empujándolo a acelerar el paso. Su mente aún no lo había procesado, pero su cuerpo sí: estaba corriendo, instintivamente, alejándose de una amenaza que podía ser producto de su sugestión... o quizás más real de lo que él mismo se atrevía a imaginar.

* * *

—¡Bran, vuelve al maldito coche! —el grito de su novia, Nessie, lo sacó del trance en el que se había sumido, a su pesar.

Fue instintivo. Animal. Ancestral. Su cuerpo respondió como sacudido por una fuerza oscura, y Bran volvió de un salto al coche. Su rostro, pálido bajo la luz mortecina de los relámpagos, sudaba frío. No entendía qué acababa de pasar.

En cuestión de segundos, Liath y Lochlann también reaccionaron. Ambos se frotaron los ojos, no para asegurarse de si era real lo que

acababan de ver, sino para borrar de sus retinas el horror de aquella escena.

—¡No veo nada! —susurró Nessie sin aliento, observando a través del parabrisas empapado.

Liath, Lochlann y Bran también lo vieron: el oscuro sendero frente a ellos, completamente despejado. Ya no estaba la mujer herida, tendida en las húmedas entrañas de la tierra mojada. Tampoco el animal que los observaba con una expresión demasiado... humana. Penetrante, como la mirada del demonio.

—¿Lo hemos visto todos? —preguntó Bran, intentando asegurarse de que no estaba enloqueciendo. Todavía no habían llegado a las malditas piedras con las que se conjuró el Monasterio de Grimsley, y ya parecía que la cordura empezaba a abandonarlos.

—Había... había una mujer tendida en el suelo... ahí... —contestó Liath con la voz temblorosa, señalando con la mano izquierda un punto exacto a unos pocos pasos de ellos.

—Y un ciervo rojo... —susurró Lochlann, lívido.

—Chicos, creo que ya hemos llegado —sentenció Nessie, vislumbrando la espectral silueta de unas paredes frías y mortecinas que se elevaban, siniestras y feroces, como si fueran un animal hambriento, deseoso —entre estremecedores rugidos— de devorarlo todo. Incluidos ellos.

Aquella silueta parecía tener vida propia. El mal respiraba. El maligno la habitaba. Y ellos solo podían esperar no ser tragados por la opresiva y espesa oscuridad que vivía en su interior.

Liath se llevó la mano izquierda al pecho, un gesto inconsciente que buscaba la seguridad de algo que la protegiera. Enseguida, sus dedos se cerraron sobre su pequeño crucifijo dorado. El mismo al que había recurrido más de una vez en el pasado, cuando todo a su alrededor empezaba a carecer de sentido.

Porque algo dentro de ella le decía que los demonios estaban ahí. Pacientes. Aguardando su llegada.

* * *

La luz volvió enseguida a iluminar el Monasterio de Grimsley, y Malcom dejó escapar un suspiro de profundo alivio. El ambiente a su alrededor seguía siendo inquietante, pero la luz le devolvía algo de esperanza.

El exorcista miró impaciente su reloj de muñeca: los chicos estarían a punto de llegar. Pronto ya no estaría solo, y eso, por un lado, lo reconfortaba.

De repente, justo cuando Malcom se disponía a guardar su linterna en uno de los bolsillos de su sotana, unos fuertes golpes retumbaron y se amplificaron en un siniestro eco que recorrió las paredes del lugar.

Malcom se sobresaltó. Tragó saliva. Se estremeció.

Otro golpe más. Un sonido sordo, hueco, espeso. El exorcista tomó aire para tranquilizarse y se acercó a la entrada del monasterio. Tal vez eran ellos, llamando a la puerta.

* * *

—¡Bienvenidos! —los saludó un hombre alto, calvo, de unos cincuenta años. Llevaba colgando del cuello un crucifijo de madera, la sotana negra y un par de sandalias abiertas.

Bran le tendió la mano para estrechársela, pero se detuvo al ver que ambas manos estaban vendadas.

—No es nada... Un pequeño percance —explicó el hombre, como si leyera sus inquietudes.

—Por favor... pasen, que hace un frío de locos —los invitó, apartándose con elegancia de la enorme puerta de entrada.

Un frío inexplicable, más afilado que el del exterior, asaltó a Liath en cuanto puso un pie en el monasterio. Era como si una corriente invisible la estuviera estudiando de cerca. Como si oliera su miedo, sus heridas, su debilidad. Liath intentó apartar esos pensamientos de su mente, aferrándose al pequeño crucifijo dorado que llevaba colgado al pecho.

—¿Lo has notado? —le susurró Nessie, acercándose a ella mientras todos seguían al exorcista por los largos y tétricos pasillos del monasterio.

—Frío... Hace mucho frío... —convino Liath, a punto de tiritar.

—Como una corriente de aire... —observó Nessie, cruzada de brazos—. No sé, Liath... Esta vez no estoy segura de que hayamos hecho bien en venir. Este sitio tiene algo... algo distinto. Algo sofocante...

Nessie no podía dejar de revivir en su mente los flashes de aquella aparición desde el coche: esa mujer —o lo que fuera— que los miraba con ojos apagados. El ciervo con expresión humana. La sangre. Fragmentos que parecían querer hundirse bajo su piel, como esquirlas de un espejo hecho añicos por algo diabólico.

—¿Se encuentra bien? —escuchó que su novio le preguntaba al exorcista, refiriéndose a sus manos vendadas.

—Sí, no es nada... Un vaso que se me rompió por torpeza —aseguró el hombre, con una sonrisa aparentemente serena dibujada en su rostro afable—. Ya lo he desinfectado, está todo perfecto —añadió, mientras los guiaba hacia el salón principal, en la planta cero.

Bran asintió, algo más relajado, hasta que por fin llegaron a la enorme habitación que hacía las veces de salón. El aire era denso,

casi sofocante. El frío, una presencia constante.

—Muy bien, chicos... hemos llegado —anunció el exorcista con seriedad.

Los invitados dejaron cuidadosamente a un lado sus maletas y pertenencias antes de que el hombre continuara.

—Antes de llevaros a vuestras habitaciones, quiero asegurarme de que conozcáis las reglas que regirán vuestra estancia aquí... Por favor, sentaos.

Los chicos obedecieron, dejándose caer, emocionalmente agotados, en uno de los enormes sofás de piel. Olía a viejo y a humedad, igual que todo lo que los rodeaba en aquel lugar.

—Este sitio... no es ningún juego —empezó el hombre, adoptando un semblante que a Liath le pareció, por momentos, siniestro—. Como podéis imaginar, hay una razón más que evidente por la que se encuentra aislado en este bosque. La misma que me obliga, en calidad de exorcista, a quedarme aquí para vigilar.

El exorcista se interrumpió, como para darles tiempo de absorber aquellas palabras. Como si fueran veneno. Un veneno que aceleraba el pulso, provocaba sudores fríos y revolvía las entrañas.

—Me llamo Malcom. Llevo casi dos décadas ejerciendo como exorcista. Procedo del Vaticano. Me trasladaron aquí después de la muerte de mi predecesor, Anthony O'Deorain.

—¿Murió? —repitió Lochlann, que había permanecido en silencio hasta entonces.

Malcom asintió lentamente.

—Así es. Murió en circunstancias inexplicables...

—¿A qué se refiere? —preguntó ahora Nessie, conteniendo la respiración.

—No quiero asustaros, chicos... pero considero que es importante que lo sepáis.

El exorcista se sumió en otro breve silencio, cargado de tensión. Nadie habló. Todos permanecieron inmóviles, como estatuas talladas en la misma piedra que los rodeaba. Como si aquellas execrables paredes ahora vivieran dentro de ellos.

—Yo mismo encontré el cuerpo de mi predecesor en el sótano del monasterio, a los pies de una muñeca vudú que... bueno, parecía estar mirándolo con una sonrisa diabólica dibujada en su rostro vacío. Pero eso no es todo...

Otra pausa. Más tensión. Nadie osaba interrumpir. Nadie osaba respirar.

—En cuanto entré, noté un olor nauseabundo que venía de abajo. Llamé a mi compañero más de una vez, pero el silencio era lo único que reinaba aquí... Lo único que me devolvían estas frías paredes. Bueno... el silencio y el maligno, supongo.

—Pero... ¿qué le pasó a su predecesor? ¿Cómo se enteraron? —lo animó a continuar Lochlann, expectante.

—Hijo... no sé exactamente qué le ocurrió. Pero os aseguro que su rostro era una máscara de dolor y terror. Como si su corazón se hubiera detenido de golpe, al ver algo... o a alguien... que lo espantó hasta provocarle un infarto. Mi teoría es que se desvaneció y, al caer, se golpeó la cabeza. Pero cuando la sangre brotó de la herida... él ya estaba muerto —Malcom suspiró, como si intentara alejar aquella imagen de su mente. Luego continuó, con la voz literalmente temblorosa—: se cortó con un crucifijo invertido...

Cuando concluyó aquella explicación, nadie osó hablar. Ni siquiera respirar o moverse. Solo Liath había acercado una vez más su mano izquierda al pequeño crucifijo de oro en su pecho, como si aquel objeto fuera lo único que le devolviera algo de calma y paz a su alma.

—Veréis... no sabemos si Anthony infringió alguna de las normas de seguridad que voy a recomendaros ahora, o si algo más poderoso encontró una brecha por la que destruirlo. Pero el caso es que llevaba días sin comunicarse con el Vaticano, y mis hermanos se preocuparon al perder el contacto. Por eso me enviaron en el primer vuelo. Porque, después de él, yo soy el único que puede hacer frente a estas fuerzas. Por eso me entregaron un billete hacia el infierno. Y eso es todo lo que sé hasta la fecha —concluyó con una mueca de amargura y resentimiento hacia quienes lo habían enviado allí.

—¿De qué normas hablas? —consiguió preguntar Bran, con aire extremadamente serio.

—A eso iba, hijo... Así que escuchadme atentamente: nunca, jamás, y bajo ningún concepto bajéis al sótano sin mí. Tampoco establezcáis contacto directo con los objetos que hay allí abajo...

—Eso ya lo sabíamos... son reglas básicas en cualquier manual de exorcismo —murmuró Liath, pálida.

Malcom la miró con una expresión de irritación que intentó disimular sin mucho éxito. Sabía que esos chicos eran expertos —o pretendían serlo— ante sus seguidores, pero no le gustaba que lo cuestionaran. Al fin y al cabo, él era la autoridad máxima en aquel lugar maldito, y todos debían escucharle al pie de la letra.

—Hay una cosa más —añadió sin rodeos—: es posible que veáis cosas o escuchéis susurros. No les prestéis atención. Es el demonio, que quiere jugar con vosotros. Corromperos.

—¿Y eso nos lo cuenta porque a usted le pasó? —sugirió Nessie en voz baja, apenas audible.

—No solo me pasó a mí... También le ocurrió a mi predecesor. Y el mismo Grimsley documenta todo esto en sus escritos —afirmó Malcom con gravedad.

—¿Podríamos tener acceso a sus escritos? —le preguntó Liath, pensando en lo útil que les resultaría para comprender mejor las historias detrás de aquellas reliquias.

—Están guardados en el sótano, junto con varios libros del siglo XVIII sobre ocultismo y textos de exorcismo. Podéis consultarlos si queréis, pero siempre acompañados por mí... —concedió el exorcista, notando un fuerte dolor atravesándole ambas manos mientras hablaba. Era como si aquellas malditas agujas de la muñeca vudú hubieran penetrado su piel para echar raíces malignas en su cuerpo robusto como un roble.

—Muy bien, chicos. Si de momento no tenéis más preguntas, os dejo acomodaros por aquí. Voy a desinfectarme las heridas y vuelvo enseguida para acompañaros a vuestras habitaciones.

Y con eso, se levantó y se marchó con paso firme fuera del gran salón de la planta cero, dejando a los chicos llenos de preguntas... y temores.

CAPÍTULO 7

—**C**hicos, ya sé que te lo he comentado antes, Liath, pero este sitio me da muy mala espina... No sé si deberíamos seguir aquí —se atrevió a decir Nessie en un susurro. La expresión de su rostro, normalmente descarada y desafiante, ahora estaba tensa y preocupada.

—Entiendo tu preocupación, Nessie... —convino Liath, como si una capa espesa y oscura la hubiera envuelto desde el momento en que puso pie allí. Era una presencia constante. Nefasta. Muy peligrosa. Y no conseguía dejarla atrás.

—Pero no podemos echarnos atrás... Anunciamos que vendríamos aquí la noche de Halloween para investigar este sitio delante de miles de seguidores. ¡Tenemos que mantener la palabra dada!

Liath, siempre tan considerada y movida por sus ideales de sinceridad y transparencia. Nessie la quería mucho por esas cualidades tan suyas, aunque en ese preciso momento, diría que no servirían de mucho.

—¿Habéis subido algo a las redes? —preguntó entonces Nessie, como si un pequeño esbozo de idea empezara a formarse en su mente, fijando su mirada expectante en la de su novio.

—No... No he podido. No sé si os habéis dado cuenta, pero este sitio no es como los otros que hemos visitado: casas abandonadas,

periferias urbanas... Aquí estamos aislados y sin la puñetera conexión a internet. Tengo material, por supuesto, pero no lo he subido...

Aquellas palabras parecieron devolverle la vida a Nessie. ¡A la mierda este sitio! ¡A la mierda el temporal! ¡A la mierda el legado de Grimsley!

—Ya está... Entonces podemos decir que alguien se puso malo y no pudimos acudir. Nos largamos de aquí cagando leches, comemos galletas y descansamos en nuestra casita...

—Nena... odio contrariarte... —la interrumpió Bran, con poca convicción.

—Si precisamente es lo que más amas... —le soltó ella con una pizca de ironía que de nada sirvió para suavizar aquella atmósfera espesa.

—Sí, es cierto... Me has pillado. Pero como te decía, ya es muy tarde para volver. Son más de tres horas y media en coche, y además con un GPS que no funciona... Lo más probable es que nos perdamos por estos bosques. Y no sé qué opción me acojona más: quedarme aquí o perderme por ahí...

Nadie más habló. Nessie evaluó con atención las palabras de su novio. Sus labios, teñidos de negro, apretados con fuerza como si se resistiera a contestar. Su apariencia de chica gótica, ahora más tétrica que nunca.

—Escucha, Nessie... Hagamos una cosa: una noche —propuso entonces Liath, apartándose un mechón rojo de la frente, inexplicablemente pálida y sudorosa—. Nos quedamos aquí con el exorcista esta noche, y mañana después de comer nos marchamos. Así tendremos algo de material para subir y nos iremos antes de lo planeado.

Nessie parecía seguir contrariada, aunque finalmente se rindió. Sus amigos no estaban dispuestos a marcharse, y desde luego ella no se iría sola.

—¡Esta vez sí que me la pagarás, Lili! —le aseguró a su amiga, con una voz entre tierna y amenazadora.

—¡Venga, Nessie! Una noche... —repitió Lochlann, con un chasquido de la lengua.

—¿Va todo bien por aquí? —les preguntó una voz familiar, sobresaltándolos.

El exorcista había vuelto, escupido por la oscuridad. Una sombra más moviéndose entre tantas tinieblas.

* * *

Cuando finalmente Nessie cerró la puerta de su habitación tras de sí, lanzó un profundo suspiro. Malcom les había ofrecido bajar más tarde para cenar, pero la verdad era que había perdido por completo el apetito. Lo único que deseaba era acostarse bajo aquel espeso edredón que olía a viejo y naftalina, y dormirse. Olvidarse de dónde estaba y de las oscuras sensaciones que se extendían como corriente eléctrica por todo su cuerpo.

Se había traído un e-reader para entretenerse. Lecturas de humor, comedias, temas ligeros que ayudaran a rebajar su ansiedad. Pero ahora... ni eso le apetecía.

Se dejó caer como un peso muerto sobre la cama, hundiéndose entre la calidez de sus mantas escocesas, cuando una ráfaga repentina de frío, procedente del único armario de la habitación, la hizo temblar.

Con gesto indeciso, se incorporó para echarle un vistazo. De repente, las palabras del exorcista volvieron a su memoria, como

llevadas por el viento: "Es posible que veáis cosas o escuchéis susurros. No les prestéis atención. Es el demonio que quiere jugar con vosotros..."

El aire helado seguía golpeándola, como si una hoja afilada buscara su piel para provocarle escalofríos.

Nessie se puso de pie y caminó hacia la puerta entreabierta del armario, intentando mantener la calma. Nadie se escondería dentro de un mueble. Estaba alojada en un antiguo monasterio maldito, no en una puñetera película de terror.

En un acto de profesionalismo, cogió su móvil para grabar. Quería comentar la escena, pero las palabras se le quedaron atascadas en la garganta. "Da igual", pensó. Ya comentaría al editar el vídeo. En ese momento, hablar se le antojaba imposible.

Se acercó unos pasos más, hasta quedar a escasos centímetros de aquellas viejas puertas entreabiertas.

El frío se intensificaba. El móvil había empezado a grabar. Las manos temblorosas de Nessie aparecieron en la pantalla mientras abrían, con delicadeza, el armario.

Y entonces... todo ocurrió de forma tan rápida e inesperada que a Nessie le costó varios segundos procesarlo.

Un susurro. Algo artificial, inhumano, se acercó a sus oídos. Nessie abrió los ojos como platos, presa de un terror absoluto, cuando distinguió las palabras oscuras que su cerebro empezaba a reconocer:

—No eran ellos... eras tú... El dolor... La culpabilidad... Los cortes en tu piel, Nessie... ¿Por qué?

Tragó saliva. El móvil se le cayó al suelo, con la pantalla aún iluminada por la grabación. Las palabras del exorcista volvieron a abrirse paso entre sus recuerdos, como un salvavidas:

"Es posible que veáis cosas o escuchéis susurros. No les prestéis atención".

—Está bien. Esto no es real... —intentó convencerse, hablando en voz alta. Pero aquellas palabras habían desbloqueado algo en ella. No sabía cómo, pero en cuestión de segundos habían desempolvado una herida antigua, enterrada en lo más profundo de su corazón. Una herida que, gracias a años de terapia, había aprendido a aceptar.

—Tanta sangre... tanto sufrimiento... ¿Dónde estaba Dios cuando te hacías eso, Nessie?

La chica retrocedió, cayendo al suelo. Los ojos húmedos, a punto de llorar. ¿Cómo... cómo era posible que alguien supiera esto? Nadie, ni siquiera su amiga Liath, conocía lo que le había pasado años atrás. Nadie sabía el sufrimiento que había cargado. Y sin embargo, algo se lo estaba recordando...

—No es real... Es mi imaginación... —susurró, incapaz de mover un solo músculo. Seguía en el suelo. La grabación en la pantalla del móvil se había vuelto negra.

—Soy tan real como las heridas escondidas bajo tu piel... —contestó aquella voz artificial, estallando en una siniestra carcajada.

Nessie quería gritar. Quería escapar de aquella aterradora pesadilla. Salir corriendo del monasterio de Grimsley. Para siempre. Y jamás volver a mirar atrás. Pero su respiración se volvía cada vez más trabajosa. Lágrimas amargas, que arrastraban el maquillaje negro típico de su estilo gótico, empezaron a deslizarse por sus pálidas mejillas como ríos lánguidos de oscuridad, momentos antes de la tempestad.

—No... no... —fue todo lo que logró decir, antes de que la puerta se abriera de golpe y él la viera allí, tendida en el suelo, los ojos perdidos en un oscuro vacío. Aterrorizada.

—¿Nena? ¿Qué pasa? —preguntó Bran, súbitamente preocupado.

Nessie deslizó lentamente su mirada quebrada hacia su novio, aún incapaz de moverse. Bran se acercó a ella, la rodeó con sus fuertes brazos protectores y la ayudó a levantarse.

Ya de pie, Nessie seguía temblando. Bran se percató del móvil en el suelo, todavía encendido. Supuso que se le había caído, aunque aún no sabía por qué. Por suerte, el teléfono no parecía dañado y seguía grabando.

Lo recogió y finalizó la grabación. Quizás allí encontraría alguna pista de lo que había ocurrido y acerca de qué demonios había dejado a Nessie en ese estado: perdida. Asustada. Vacía.

* * *

Bran acompañó a Nessie al comedor. Por eso había ido a su habitación: para llamarla, con su mejor sonrisa de satisfacción por las maravillosas —y aterradoras— tomas que había hecho en aquel lugar. Una sonrisa que pronto se desvaneció al ver a su novia sumida en una especie de trance. Una pesadilla sin nombre.

Cuando ambos bajaron, Liath le lanzó una rápida mirada a su amiga y enseguida se dio cuenta de que algo no iba bien.

—Nessie, ¿estás bien? —le preguntó, preocupada, dejando por un momento de comer lo que Malcom había preparado.

El exorcista también clavó su mirada experta en el rostro traslúcido de la chica. Tenía los ojos rojos y las mejillas surcadas por ríos negros de lágrimas mezcladas con maquillaje.

No dijo nada. Se limitó a observarla con atención.

—Cariño... —insistió Liath ante el mutismo de su amiga, deslizando ahora la mirada hacia Bran, que la acompañaba.

—Yo tampoco sé qué ha pasado... —masculló él con voz ronca—. Fui a verla para avisarla de que bajara, y la encontré en el suelo, frente a un armario semiabierto, con el móvil grabando no sé qué... Repetía algo así como "no"...

Ahora todos observaban a Nessie con expresión de preocupación, sin entender lo que había ocurrido, hasta que finalmente el exorcista habló. Apenas cuatro palabras que helaron la sangre de los presentes:

—Escuchaste las voces... ¿verdad?

Nessie no contestó. Se limitó a asentir con un leve gesto de la cabeza, la mirada perdida en algún rincón de su pasado.

—¿Qué te dijeron? —insistió el exorcista, visiblemente tenso.

—No creo que Nessie esté en condiciones de contestar... —intervino Liath, dejando definitivamente la comida de lado y acercándose a su amiga para apoyarla.

—Escuchadme bien, chicos... —sentenció el hombre con aire autoritario—. Es importante que comprendáis que el demonio busca cualquier pequeña fisura en vuestro interior para llegar a vuestra alma y comenzar su sádico juego. Busca dolor, desesperación, heridas antiguas... Todo lo que pueda encontrar para alejaros de Dios. Y vosotros... no debéis permitirselo.

—Todos tenemos heridas, preguntas sin resolver y dolor en nuestras vidas... —afirmó Lochlann, consternado—. ¿Cómo podemos entonces hacerle frente al demonio, o a lo que sea que parece estar atacándonos?

—Él no nos quiere aquí. Ni a mí, ni a vosotros. Este monasterio está impregnado con su esencia demoníaca, y lo que quiere es quebrar nuestras mentes y nuestros corazones para usarnos como meros títeres en sus garras malvadas...

—Ya... pero no ha contestado a la pregunta —volvió a insistir Lochlann, observando cómo Liath abrazaba a su amiga, que en ese momento parecía solo el espejo roto de la persona que alguna vez fue.

—Él quiere alejaros de Dios a través del dolor. Tenéis que buscar el amor y la felicidad en algún rincón de vosotros mismos... —les aconsejó el exorcista, como si aquellas palabras pudieran cambiarlo todo.

—No es tan fácil... —musitó de repente una voz muy baja, quebrada.

Era Nessie. Por fin había decidido hablar.

—Trabajé mis heridas durante años con un terapeuta... Y conseguí aceptarlas, incluso amarlas, a pesar de todo. Porque también gracias a ellas soy quien soy ahora. De alguna forma son parte de mí... tatuajes que siempre estarán ahí, pero...

Se interrumpió de golpe, sacudida por un intenso escalofrío. Su cuerpo temblaba. Y no era por el frío. Era por el miedo, que carcomía como un animal feroz cada centímetro de su delicada piel.

—Aquel ser... aquella cosa que me habló... —continuó, apretando con fuerza la mano de su amiga— tuvo el poder de removerlo todo. De llevarlo a la luz a través de su oscuridad. Y lo hizo... en cuestión de segundos...

—¡Oh, Nessie! —la abrazó Liath, mientras nuevas lágrimas negras se deslizaban por sus mejillas. Esta vez, un profundo sollozo hizo temblar todo su cuerpo.

CAPÍTULO 8

Aquella noche, nadie consiguió terminar la cena. El incidente con Nessie había dejado a todos con mal cuerpo, y Bran estaba ansioso por acabar las grabaciones, subirlas a las redes y salir de allí a toda prisa.

Malcom accedió a llevarlos al sótano, aunque Nessie se negó a bajar.

—No vamos a dejarte sola, Nessie —se preocupó su novio, debatiéndose entre quedarse o acompañar al grupo.

—Estaré bien, no os preocupéis... Voy a quedarme aquí leyendo un libro —los tranquilizó ella, mostrándoles su e-reader mientras sostenía una taza de manzanilla que Malcom le había preparado amablemente. No sabía si era su boca o todo en aquel lugar, pero todo le sabía a rancio y amargo. Aun así, decidió seguir bebiendo con la esperanza de que la calmara. Le habría gustado sonreír a sus amigos para tranquilizarlos, pero aquella noche, eso se le había vuelto imposible.

—Me quedaré yo con ella —se ofreció entonces Liath, sentándose a su lado, como si quedarse en la retaguardia no le importara, aunque Nessie sabía perfectamente cuánto le habría gustado a su amiga bajar con los chicos.

Nessie resopló.

—¿En serio creéis que ahora necesito que me hagan de niñera? ¡Anda! ¡Haberos ido ya, entonces! Ahora bajáis, hacéis lo que tengáis que hacer y mañana nos piramos antes de que realmente necesite una niñera.

—Pero... —objetó Liath, dudando.

—Ni "pero" ni leches. ¡Bajad ya! Estaré bien... Os lo prometo — la interrumpió su amiga, haciéndoles un gesto con la mano para que se alejaran de su vista.

—¿Bajamos entonces? —preguntó el exorcista, cogiendo su linterna.

—¡Bajamos! —confirmó Bran, dedicándole una última mirada de preocupación a su novia, que ya había empezado a sumergirse en las páginas de una de las muchas historias que había traído consigo.

Cuanto más descendían, más fuerte se hacía esa sensación de inquietud que se cernía sobre ellos, instalándose en sus entrañas. Era como si, dentro de aquellas paredes, el mal tuviera una dimensión propia y se moviera entre ellos, como si también fuera un ser vivo. Uno cuyo rostro permanecía oculto en los objetos y los muros que los rodeaban. Pero aun así, allí estaba. Esperándolos.

—El frío se intensifica —observó Lochlann, rompiendo el eco de sus pasos.

—Y huele a hierro y polvo... —notó Liath, frunciendo la nariz ante ese olor difícil de describir, pero profundamente desagradable.

—Aunque la sangre de mi predecesor fue limpiada, es posible que, mezclada con otros fluidos, haya impregnado el suelo... — hipotetizó el exorcista, sin mucha convicción.

—Voy a grabar —dijo Bran, accionando el pequeño pulsador de su cámara de vídeo.

—Acabamos de llegar... Chicos, este sitio da mucho miedo... Estamos incomunicados, así que cuando este vídeo se suba, ya

estaremos de regreso a la civilización... ¿Liath?

Su compañera acababa de bajar el último peldaño cuando Bran la enfocó con la cámara.

—Eso es, Bran... Fuera hay un tremendo temporal y aquí hace un frío inhumano... Hemos bajado al sótano donde están guardadas las reliquias de Grimsley. ¡Mirad!

Bran deslizó la cámara por aquel lugar tan siniestro como aterrador y casi resbaló en el penúltimo peldaño.

—¡Cuidado, Bran! —le advirtió Lochlann desde atrás.

—¡Joer! ¡Ya veo que empieza la persecución! —ironizó Bran, intentando rebajar la tensión. Siempre era igual: cada vez que se enfrentaba a algo que su mente no quería procesar, recurría al humor como escudo.

—¡No toquéis nada! —les recordó abruptamente el exorcista, guiándolos lentamente entre la multitud de objetos que se creían poseídos y que les devolvían miradas huecas y siniestras. La mayoría estaban cuidadosamente encerrados en vitrinas polvorientas, cuyos cristales parecían salpicados por antiguas gotas de agua bendita.

Pero había un objeto en concreto: una especie de muñeca vudú, del tamaño de un niño de cinco años, que no estaba encerrada.

—¿Y esta muñeca? ¿Por qué no está protegida como los demás objetos? —preguntó Liath, frunciendo el ceño.

—Nadie se atreve a tocarla... —respondió el exorcista, apareciendo en la pantalla de la cámara de Bran—. El predecesor de Anthony, quien fue el encargado de encerrar todos estos objetos, intentó hacerlo también con esta muñeca. Pero, según informes que llegaron a la Iglesia, se clavó unas agujas en las manos mientras intentaba sujetarla. A partir de ese momento, empezó a enloquecer... hasta que se quitó la vida, ahorcándose en este mismo sótano.

—Es decir... ¿ya ha habido dos muertes en este sitio, justo delante de esa muñeca? —resumió Lochlann, pensativo.

—Que nosotros sepamos... así es —confirmó Malcom, frotándose las manos entre sí, en un intento de aliviar la sensación de pinchazos que se extendía sin piedad bajo las vendas, recorriendo cada centímetro de su piel.

—¿Qué es eso? Bran, sígueme. ¡Mirad, chicos! —los llamó Liath, cautivada por una pequeña vitrina que contenía lo que parecía ser un antiguo diario del siglo XVIII. Era oscuro, encuadernado en piel negra, con las páginas amarillentas. Encima de la cubierta, cosido con esmero, había un pequeño crucifijo de plata, ennegrecido por el tiempo.

—Este es el único diario original de Grimsley que hemos podido encontrar. Creemos que hay más, pero no sabemos dónde están o si fueron destruidos.

—¿Alguien lo ha leído? —preguntó Liath, cada vez más intrigada.

—Nunca he tocado ese libro, y dudo que Anthony lo hiciera. Si alguien lo abrió, pudo haber sido nuestro predecesor: William Harrington.

—Entiendo... —Liath parecía decepcionada. Le habría gustado echarle mano a esas páginas misteriosas para entender mejor la historia de aquel legado, aunque sabía bien los riesgos que eso implicaba.

—De todas formas, si quieres, hay algo más que puedo enseñarte. Algo que sí puedes consultar, si te apetece —le propuso el exorcista, torciendo levemente los labios en una débil sonrisa que, entre la penumbra, parecía más una mueca siniestra.

Una chispa de excitación y miedo se encendió en los ojos de Liath, quien asintió con un gesto de la cabeza, siguiendo al hombre

hasta un rincón aislado del sótano que aún permanecía en la oscuridad.

Cuando Lochlann alumbró hacia esa dirección, una enorme librería se reflejó en los ojos atónitos de los presentes.

—Esta es una de las colecciones de libros ocultos más completas que se conservan en nuestros monasterios en Escocia. ¡Adelante! — los invitó Malcom, mientras un escalofrío silencioso le recorría el cuerpo entero.

* * *

Nessie no se encontraba nada bien. Quizás era por llevar varias horas en ayuno, pero la cabeza había empezado a darle vueltas. Se sentía mareada, a punto de desvanecerse. Decidió entonces levantarse del gran sofá del cuarto de estar para subir a su habitación. Dejó la taza de manzanilla en la mesita de madera junto al sofá de piel, y se incorporó con paso tembloroso, el e-reader en la mano, rumbo a las sombrías escaleras que la llevarían arriba.

Cada paso era una lucha por no caer. Su cuerpo apenas respondía a su voluntad, y profundas arcadas amenazaban con salir de su boca.

Sudaba. La visión se volvía cada vez más borrosa. Una presencia la seguía de cerca. Algo que susurraba palabras apenas audibles. Una sombra, una silueta... o quizás simplemente un capricho de su mente sugestionada.

Cuando por fin logró llegar al piso superior, Nessie se arrastró hasta su habitación. El armario estaba cerrado. La luz, apagada. Encendió la pequeña lámpara junto a la cama, que iluminó débilmente la gran habitación, proyectando sombras siniestras por todas partes.

Se dejó caer una vez más sobre la cama, sin fuerzas para quitarse su largo vestido de terciopelo negro, con corsé ajustado, escote corazón y mangas de encaje que caían en cascada. Tampoco logró quitarse las botas altas de plataforma con cordones y tachuelas, ni el cinturón con cadenas, llaves y cuchillas colgando.

Ahí estaba. Inmóvil. Como un objeto más de aquel escalofriante escenario, mientras una voz inhumana la llamaba:

—Advenit tempus ludendi, Nessie.

"Ha llegado el momento de jugar, Nessie".

—iSpectaculum incipiat!

Y una carcajada, parecida al rugido de un animal feroz, estalló como el trueno de una tormenta dentro de aquella habitación.

El espectáculo había comenzado.

CAPÍTULO 9

Un grito de terror y desesperación se alzó al amanecer, retumbando por las frías y austeras paredes de aquel sitio condenado.

Liath abrió los ojos como platos, secándose la frente sudorosa con la manga de su pijama negro, estampado con calaveras.

Aquella voz... aquel grito...

Bran también se despertó sobresaltado, incorporándose como un resorte y saliendo de su habitación a toda prisa. Rezaba, aunque no estaba seguro de que, en ese lugar, Dios fuera bienvenido.

Lochlann, en cambio, abrió los ojos durante un instante, mareado, y volvió a cerrarlos enseguida. Alguien había gritado, pero su cuerpo no podía moverse. Las paredes a su alrededor aparecían y desaparecían. Algo susurraba a sus oídos palabras sin sentido. Parecía otro idioma. Uno antiguo. Uno que jamás había escuchado antes. No sabía quién —o qué— le estaba hablando. Simplemente no podía hacer nada para detenerlo.

Malcom fue el primero en llegar e intentó abrir de un portazo la puerta de la habitación de Nessie.

—¡Nessie! —la llamó a voz en grito—. ¿Estás bien? ¿Qué ha pasado?

Siguió forcejeando con la puerta, que parecía resistirse, hasta que Liath y Bran llegaron a su lado.

—¡Nessie! —gritó Liath, con el corazón saliéndose del pecho. Decir que estaba preocupada no sería suficiente: estaba aterrada.

—¡Espere, le ayudo! —se ofreció Bran, uniéndose a Malcom para forzar aquella vieja y caprichosa puerta, cuando el murmullo inhumano de una voz familiar, llevado por una corriente de aire helado, llegó a los presentes:

—Malum in vulneribus regnat.

—¿Qué coño?! ¿Qué ha sido eso? ¡Esa es... es la voz de Nessie! —espetó Bran, desconcertado, justo cuando la puerta empezó a ceder bajo los empujones de los dos hombres.

—El mal reina entre las heridas... —traducía Liath, con la expresión desencajada—. Es latín —explicó, sin añadir nada más.

—El idioma de las entidades demoníacas —añadió el exorcista, tensándose.

—¡La madre que...! —empezó a maldecir Bran, deteniéndose en seco justo cuando la puerta cedió con un siniestro chirrido, revelando la escalofriante imagen de su novia.

Estaba sentada en la cama, sobre un charco de sangre que había impregnado todas las sábanas, como si estas fueran entidades vivas que quisieran devorarla. Su cuerpo estaba lleno de heridas —por suerte, superficiales—, pero fue lo que tenía en la mano temblorosa lo que dejó a Bran paralizado, sin poder hablar.

—¡Nessie, por el amor de Dios! ¿Qué has hecho? ¡Suelta ese cuchillo! ¡Suéltalo! —gritó Liath, acercándose a ella, detenida enseguida por Malcom, quien la sujetó por la muñeca derecha.

—No. ¡No te acerques a ella! —ordenó con una voz que no admitía réplica.

—¡Tengo que ayudarla! —insistió Liath, con firmeza, las lágrimas enrojeciéndole los ojos.

—Si hic latetis, irevelate! —ordenó una vez más la voz ronca del exorcista, esta vez dirigida directamente a Nessie, que parecía sumida en un profundo estado de aturdimiento y estrés postraumático.

—¡Ayudadme! —empezó a sollozar ella, tirando el cuchillo lejos. Temblaba. Lloraba.

—Si estás aquí, ¡muéstrate! —repitió el exorcista, con voz decidida. Pero ninguna respuesta llegó. Solo el llanto desconsolado de Nessie, al borde de ser tragada por su propio abismo.

—Nessie... —la llamó una vez más Liath, zafándose de la presa de Malcom, quien ahora le permitía acercarse a su amiga.

—¿Qué demonios ha pasado? —gritó Bran, histérico—. Fui a verla ayer antes de acostarme —explicó, como si necesitara recordar cada detalle del día anterior para encontrar una pista sobre lo que acababa de presenciar: su novia, con un cuchillo en la mano, cubierta de cortes y sangre. —Estaba profundamente dormida. Intenté despertarla, pero como la vi tan tranquila, le quité las botas, le puse el pijama y la dejé entre las sábanas. Y... y no había ningún cuchillo por aquí. ¿De dónde lo sacó?

—¿Sabes si tu novia sufre de sonambulismo? —preguntó Malcom, buscando una explicación racional a una situación que rozaba lo incomprensible.

Liath había abrazado a su amiga, manchándose también el pijama de sangre, mientras intentaba ayudarla a levantarse.

—No, yo... no recuerdo que sufriera de eso. Aunque a veces habla dormida. Pero nunca se ha levantado dormida. Y mucho menos para coger un cuchillo y... ¡Esto es una locura! —terminó Bran, sin aliento.

—Está bien, está bien. ¡Mantengamos la calma! —pidió el exorcista, volviendo a frotarse las manos entre sí. El forcejeo con la

puerta había despertado el dolor en sus articulaciones, y el frío no ayudaba a encontrar alivio.

—¿¡Que mantengamos la calma!? —espetó Bran, fuera de sí—. Mire, yo no sé qué cojones está pasando aquí, ni quién —o qué— está claramente atacando a Nessie, pero no pienso quedarme aquí esperando a ver hasta dónde quieren llegar con ella... o con nosotros. ¡Nos marchamos!

Bran se dio la vuelta para recoger todas sus cosas y las de Nessie, dispuesto a llevarlas al coche.

Nadie se atrevió a rebatirlo.

* * *

Mientras Malcom se había quedado a bendecir la habitación de Nessie con incienso y agua bendita, Liath había llevado a su amiga al baño para ayudarla a medicarse. El exorcista tenía un botiquín con agua oxigenada, vendas, tiritas y otros suministros que, por suerte, sirvieron para tratar las pequeñas heridas en la pálida piel de Nessie.

—Va todo bien, no te preocupes —intentó tranquilizarla, mientras su compañera le devolvía una mirada vacía. Como si no quisiera estar allí. En su piel. En su vida.

—Nessie... ¿recuerdas algo de lo que te ha pasado? —le preguntó Liath, buscando respuestas que sabía que, probablemente, no obtendría ese día. Lo único que la reconfortaba era saber que Bran estaba preparando todo para marcharse. Llevarían a Nessie al hospital y a una consulta psicológica, y cuando llegara el momento, quizás su amiga volvería a hablar. Quizás le contaría lo que había ocurrido.

Acababa de ponerle la última tirita cuando unos pasos agitados se acercaron a ellas. Alguien corría por los largos pasillos en su

dirección.

—¡Liath, Nessie! —las llamó Bran al abrir la puerta del baño, a punto de caerse de rodillas frente a las dos mujeres, que ahora lo observaban aterrorizadas.

—¿Qué pasa, Bran? —preguntó finalmente Liath, acercándose a él.

Bran parecía abatido. Vencido. Sin fuerzas para luchar. Solo una gran desesperación y miedo se habían apoderado de él, carcomiéndolo por dentro.

—N-no... no podemos irnos de aquí —sentenció, llevándose ambas manos al pelo. Su rostro, ahora rojo por la carrera y la angustia.

—¿Por qué? ¿Qué ha pasado?

—Las ruedas traseras están pinchadas. Y solo hay un recambio en el maletero.

—¿Quizás Malcom pueda acercarnos a algún pueblo o llevarnos a Edimburgo? —aventuró Liath, sin mucha convicción pero con fe ciega en que todo saldría bien. Tenía que salir bien.

—Está nevando —negó Bran con la cabeza—. Con este temporal no podemos ponernos en camino, aunque Malcom tuviera un vehículo disponible.

Un profundo escalofrío recorrió el cuerpo de Nessie, quien soltó un grito agudo que pareció el alarido de un animal herido.

—¡Nessie... tranquila, Nessie! —procuró calmarla Liath—. Saldremos de esta, te lo prometo —afirmó, sintiéndose en parte responsable de lo que le había ocurrido a su amiga, por haberla convencido de quedarse aquella noche en ese lugar.

—Vamos a encontrar una solución. Verás que Lochlann... —Liath se interrumpió de golpe, como si algo se le hubiera escapado todo ese tiempo.

¿Dónde estaba su novio? ¿Por qué no había acudido tras el grito de Nessie y el revuelo que se había montado en el pasillo cuando intentaron abrir la puerta de su habitación?

—¿Y Lochlann? —preguntó de repente, presa de un mal presentimiento. —¿Dónde está?

CAPÍTULO 10

"**M**alum in vulneribus regnat". Esa era la frase que Lochlann no dejaba de escuchar. No tenía ni idea de lo que significaba. Liath siempre había sido la experta en idiomas antiguos, religión y filosofía. Lo suyo, en cambio, era la informática. Mientras Bran dominaba la toma de vídeos y fotos, Lochlann era el mago detrás de la edición.

"Advenit tempus ludendi". El murmullo seguía susurrándole al oído como el siniestro canto de una oda satánica.

Lochlann parpadeó. Intentó abrir los ojos. Y entonces lo recordó: el grito. Lo había escuchado, pero por alguna razón no había podido levantarse. Estaba atrapado bajo el efecto hipnótico de aquel susurro inhumano. Algo —o alguien— lo mantenía enganchado a esa cama. Una sombra se cernía sobre él como una manta de contención, sin escapatoria.

Intentó gritar. Intentó levantarse. Intentó pedir auxilio. Todo, absolutamente todo, fue inútil.

—No me digas que no te acuerdas de mí, Lochlann... —aquel murmullo sin sentido empezó a revelarse. Por muy inhumana que sonara, esa voz tenía algo escalofriantemente familiar.

Una vez más, Lochlann intentó hablar, pero ningún sonido salió de su boca. Era como una pesadilla: una de esas donde crees que estás

gritando, pidiendo ayuda, pero nadie te escucha. Porque ningún sonido sale de tu garganta.

—¡Mírame! —le ordenó aquella voz. Parecía de mujer. De una mujer en concreto.

—Siempre fuiste mi preferido, iniño traviesillo! —Una mueca infernal se dibujó en aquel rostro cabizbajo y sumido en la penumbra, que se había materializado de la nada y se acercaba peligrosamente en un pestañeo. Lochlann la sentía. Su presencia diabólica. Ella estaba allí. Después de tantos años, finalmente lo había encontrado. Y no era para saludarlo ni para celebrar la buena persona en la que, a pesar de todo, se había convertido.

Aquella presencia solo quería una cosa: apuñalarlo. Hundir su hoja ensangrentada en la misma herida que tardó años en sanar.

—Tú y yo... La madre que nunca tuviste...

Una carcajada diabólica explotó dentro de sus oídos.

Lochlann no podía dar crédito a lo que estaba pasando. La hermana Jenkins. Su peor pesadilla. Cuando sus padres biológicos permitieron que un orfanato se lo llevara, ella siempre estuvo allí. Para maltratarlo. Para recordarle lo inútil que era. Para castigarlo de forma dolorosa y aterradora. Como aquella vez que lo encerró durante dos noches seguidas en un sótano, solo, por haber dejado caer el plato lleno de comida durante la cena.

Intentó bloquear aquella oleada de recuerdos desgarradores que amenazaban con desbordarlo, pero esa figura espectral parecía decidida a no permitirlo.

—¡Mírame! —tronó esta vez con un gruñido siniestro.

Lochlann abrió los ojos. Su rostro podrido y totalmente desfigurado estaba a un palmo del suyo.

Hizo acopio de todas sus fuerzas para tirarse al suelo, zafarse de las garras de aquel ser apenas reconocible y huir de aquella

habitación. Quería dejar atrás ese pasado que, al parecer, todavía lo atormentaba. Pero algo en su cuerpo —o en su mente— se lo impedía. Estaba paralizado por el miedo. Incapaz de mover un solo músculo.

—Venga, Lochlann... ¡Vamos a jugar!

Esas palabras. Aquella ventana abierta. Los pasos de los niños. Las paredes que se hacían cada vez más pequeñas. El dibujo. El golpe sordo.

Sudaba frío. Temblaba. Su cuerpo le decía lo que su mente intentaba negar: Había empezado a recordar. Y ya no había vuelta atrás.

* * *

Liath corría lo más rápido que sus piernas y su corazón le permitían. Estaba al borde del desmayo, pero no se rendiría. Llevaba un par de horas sin ver a Lochlann, y algo le decía que podía estar en peligro. Malcom la seguía de cerca, mientras Bran y Nessie se habían quedado en el gran cuarto de estar.

—¡Espera, Liath! —le ordenó Malcom, casi sin aliento por la carrera a través de los largos pasillos de aquel imponente monasterio.

—Necesito ver que está bien —sentenció ella, terca, frente a la expresión de resignación que se dibujaba ahora en el rostro del exorcista.

Unos pocos pasos más y llegarían a la habitación donde se alojaba Lochlann. Ya casi estaban, aunque Liath, en su fuero interno, no estaba preparada para lo que podría descubrir.

—¡Déjame a mí! —Malcom soltó otra orden, esta vez con más firmeza, mientras se apresuraba a abrir la puerta del dormitorio.

—¡Detrás! —le indicó, blandiendo su crucifijo como si fuera un arma. Esta vez estaba preparado. Nada ni nadie lo pillaría desprevenido.

Liath acercó su mano izquierda al pequeño colgante de crucifijo que llevaba siempre consigo. Un acto reflejo que le brindaba algo de tranquilidad en los momentos de mayor tensión.

—¡Lochlann! —lo llamó, intentando que su voz no temblara al pronunciar el nombre de su novio.

El exorcista abrió la puerta. La cerradura no se resistió. No emitió ningún chirrido quejumbroso. Simplemente se dejó abrir, como si quisiera darles la bienvenida. Y al mismo tiempo, un leve olor a químico, los alcanzó. Liath no estaba segura de qué se trataba pero de repente notó su cuerpo ligero y pesado a la vez. Se sentía aturdida, incapaz de pensar con claridad. Y fue entonces cuando el fugaz pensamiento de que se tratara de una trampa cruzó su mente, aunque su preocupación por Lochlann era mucho mayor que el miedo que la atrapaba.

En cuanto la puerta se abrió, una imagen escalofriante se grabó a fuego en la memoria de Liath, quien apenas pudo reaccionar.

Lochlann estaba tendido en el suelo, contorsionándose. Su cuerpo convulsionaba. Una densa espuma blanquecina salía de su boca mientras intentaba desesperadamente respirar. Su piel se volvía peligrosamente azulada por la falta de oxígeno, y seguía luchando por su vida, como si intentara zafarse de algo invisible que lo oprimía.

En aquella habitación no había nadie más: solo él, ella y Malcom. Pero algo le decía que no estaban solos. Había una presencia densa, invisible, que quería deshacerse de todos ellos como si fueran viejos juguetes destinados al vertedero.

—¡Lochlann! —lo llamó Liath en un susurro, mientras Malcom le hacía señas de que se quedara quieta. Se acercó con cautela al chico tendido en el suelo, agonizante.

Su cuerpo estaba rígido, los músculos contraídos. Lochlann no paraba de sacudir violentamente los brazos y las piernas, golpeando su cabeza contra el suelo de piedra.

Su mirada estaba fija. Parecía totalmente desconectado de la realidad, hundido en su propio infierno.

El exorcista se colocó finalmente a unos pocos centímetros de él, girándolo con firmeza en posición lateral de seguridad, revisando si había algo de ropa alrededor del cuello que pudiera empeorar su estado.

—¡Hay que llamar a una ambulancia! ¡Tenemos que llevarlo junto con Nessie a un hospital! —gritó Liath, desquiciada.

Malcom le hizo una señal para que se callara. Sus gritos no ayudarían a su novio a recuperarse.

—Lochlann, Deus tecum est —Dios está contigo.

Tres palabras que parecieron cambiarlo todo. Cuando el exorcista acercó su crucifijo a la frente de Lochlann, este dejó de luchar. Perdió el conocimiento de repente. Su cuerpo ahora parecía relajado. Entregado a una fuerza superior.

Liath se tapó la boca con ambas manos para contener un grito de terror, mientras Malcom le pidió que fuera por una palangana de agua fría y un trapo limpio para humedecerle la frente y ayudarle a recuperar el conocimiento.

La chica salió corriendo a toda prisa rumbo a la cocina. Lágrimas saladas se deslizaban por sus mejillas, mientras sus ojos se enrojecían.

Quería gritar. Quería llorar. Quería salir de aquel sitio, aunque no supiera dónde esconderse ni dónde encontrar cobijo.

La triste verdad era que todo le valía. Todo... menos quedarse allí.

* * *

Cuando Lochlann recobró el conocimiento, Bran y Liath se miraron con expresión de preocupación. Lo habían llevado, aún inconsciente, al gran sofá de piel del salón.

—¿Qué me ha pasado? —les preguntó él, aparentemente incapaz de recordar, con la boca pastosa y la mirada perdida.

—Cuando todos acudimos a ayudar a Nessie... —empezó a explicarle Liath, acariciándole la frente con un gesto de ternura y amor.

—Ahora no es momento para tantas explicaciones —zanjó Malcom con firmeza, interrumpiéndola abruptamente—. El chico necesita descansar. Igual que ella —añadió, refiriéndose a Nessie, quien permanecía ausente, encerrada en su mutismo, sentada a un par de metros de distancia.

Liath y Bran intercambiaron otra rápida mirada.

—Está bien... pero necesito hablar un momento con Bran. A solas —concedió Liath, levantándose bruscamente del viejo sofá del cuarto de estar, seguida de cerca por su compañero.

—De acuerdo. Os esperamos aquí —accedió el exorcista, con tono frío y contenido.

CAPÍTULO 11

—**E**sto no es normal, Liath —masculló Bran, cabizbajo—. Nunca nos hemos enfrentado a algo así, pero está claro que no estamos ante simples objetos malditos...

—Hay una presencia detrás de todo esto que quiere herirnos —convino Liath, abrazándose a sí misma, como si intentara protegerse de algo invisible y peligroso.

—O matarnos... —añadió Bran, deteniéndose y mirándola a los ojos—. Liath, solo quedamos tú y yo. Has visto en qué estado están Nessie y Lochlann.

No podía evitarlo. El solo recuerdo de su novia cubierta de heridas era un trauma que lo perseguiría siempre. ¿Qué le había pasado realmente? ¿Fue ella quien se cortó... o algo más oscuro la atacó?

—El demonio busca filtrarse a través de nuestras heridas. Quiere alejarnos de Dios usando las dudas que el sufrimiento nos ha generado —reflexionó Liath en voz alta, más para sí misma que para Bran. —Conozco parte del pasado de Lochlann. Antes de ser adoptado, estuvo varios años en un orfanato religioso. Pero casi nunca ha querido hablar de ello. Decía...

Liath se interrumpió, pensativa, y luego terminó la frase mirando detrás de Bran, como si esperara una aparición escalofriante en cualquier momento.

—...Decía que no quería volver a abrir esa herida.

—¿Y Nessie? ¿Qué pasó con ella? —inquirió Bran, decepcionado al darse cuenta de que no conocía a su novia tan bien como creía.

—Tampoco sé lo que le ocurrió. Nos conocimos en la universidad y nos hicimos amigas enseguida, pero nunca me habló de nada escabroso o doloroso de su pasado. Lo siento, Bran —añadió, apoyándole una mano en el hombro. Su anillo de diamante relucía en la penumbra, a pesar de las sombras que querían engullirlo todo.

—Quizás necesitemos averiguar cuáles son nuestras heridas más profundas... Tal vez, si somos conscientes de ellas, podamos luchar mejor contra lo que sea que está detrás de esto —aventuró Bran, dudando. A estas alturas, ya no estaba seguro de nada. ¿Cómo podría estarlo, si todo lo que vivían rozaba lo inimaginable?

—Yo me siento culpable —afirmó de pronto, como si necesitara liberarse de una carga que llevaba arrastrando desde hacía años. Lo había mencionado una vez a Nessie, sin dar muchos detalles. Sin querer revivir realmente esos sentimientos que lo arrastraban al borde de su propio infierno.

Liath no lo presionó. Entendía que necesitaba tiempo. Veía cómo todo su cuerpo se tensaba ante aquella revelación.

—Un día, siendo poco más que un adolescente, me fui con mi mejor amigo a la montaña. A los dos nos gustaban los deportes de riesgo, y por eso nos habíamos aficionado a la escalada. Era un día más, una experiencia más... hasta que algo se torció y James se resbaló.

Bran se interrumpió para tomar aire. Como si lo que iba a decir necesitara de un esfuerzo titánico. Palabras que, con el tiempo, se habían convertido en rocas que lo aplastaban cada día más en el eco de sus recuerdos.

—No tenía por qué haber pasado nada, pero el dispositivo de aseguramiento quizás no estaba bien colocado. Yo era el

responsable. No me di cuenta de que el mosquetón estaba mal posicionado... o vete tú a saber qué más pasó. Mi fallo... le fue letal.

Finalmente terminó la frase, sintiendo cómo su cuerpo se deshacía como nieve al sol. Lo había dicho. Había confiado a su amiga aquellas rocas que, por un instante, dejaron de oprimirle.

—Oh, Bran... Lo siento mucho —Liath lo abrazó con cariño, mientras los ojos de él empezaban a humedecerse.

—Fue culpa mía —repitió Bran, agotado.

—Fue un accidente —intentó consolarlo ella, entendiendo perfectamente su culpabilidad.

—James no merecía morir —sentenció con voz ronca, quebrada por la conmoción—. ¿Dónde estaba Dios en ese momento? ¿Por qué permitió que muriera? ¿Por qué no me mató a mí?

Liath no respondió. Sabía que esa era la reacción que el demonio buscaba para hacerse con sus víctimas. Pero Bran había abierto voluntariamente esa herida, y con ello, un canal que ahora resplandecía como un rayo de sol atravesando la más impenetrable oscuridad.

—¿Y tú, Liath? —le preguntó él, como si ambos se estuvieran confesando, horas antes de su muerte.

Liath se tensó levemente, intentando mantener la compostura, aunque todo su cuerpo se resistía.

—No hay nada así de importante que yo recuerde o que haya tenido que superar —mintió, manteniendo el tono de voz lo más neutral posible.

Bran no estaba convencido. Un día, Nessie le había mencionado algo sobre un drama familiar que Liath había vivido. Pero todo se quedó en un par de palabras, y fue hace mucho tiempo.

—Escucha, Bran. Necesito que me hagas un favor —le pidió ella, cambiando abruptamente de tema.

Bran la escuchó con atención, sin cuestionarla.

—Necesito entender a qué nos estamos enfrentando. Y solo hay un sitio donde puedo descubrirlo. Solo estamos tú y yo ahora, Bran, y tenemos que jugárnosla bien.

—¿Y Malcom? Él podría ayudarnos —sugirió Bran, echándose su largo pelo rasta hacia atrás en un gesto nervioso que Liath percibió con claridad. Ella también estaba al límite, a punto de partirse el labio inferior de tanto apretarlo contra los dientes.

—No. Quiero que Malcom se quede aquí. Necesito consultar el diario de Grimsley. Creo que ahí encontraré algo importante. Algo que nos ayude a entender.

—Malcom nunca te dejará tocarlo siquiera —afirmó Bran, rotundo.

—Por eso mismo necesito que te quedes con él y con los demás. Para permitirme bajar.

Bran lo pensó durante unos segundos. El tiempo apremiaba si querían conservar la cordura.

—No sé, Liath... Es demasiado arriesgado —exclamó al fin, con la voz áspera y apagada por la resignación.—Bajaré yo.

Liath lanzó un leve suspiro de desaprobación.

—Bran, tú no entiendes de latín, ni de religión, ni de filosofía. Conociste a Nessie en una escuela de música, no en la facultad de ciencias religiosas.

—Eso es cierto, pero... —intentó objetar, buscando un argumento convincente que, en ese momento, decidió no aparecer.

—Pero nada, Bran. Los dos sabemos lo que hay que hacer y quién de los dos debe bajar —su tono no admitía réplica. Era una decisión tomada.

Bran resopló, resignado, y accedió con un breve gesto de la cabeza. Volvió con los demás hacia el cuarto de estar, mientras Liath

se alejaba rumbo al sótano.

El estruendo de un relámpago dio por zanjada aquella conversación.

CAPÍTULO 12

—¿Va todo bien? —preguntó el exorcista cuando Bran volvió con ellos, notando que Liath no lo seguía.

—Sí, sí, todo bien. Liath se ha ido a su habitación para consultar un libro que se llevó —mintió Bran, rezando para que la frase sonara lo suficientemente convincente como para no despertar sospechas en Malcom.

—No debería irse sola —lo reprendió el exorcista con voz grave, teñida de preocupación.

Bran tragó saliva, pensando en su amiga, sola, bajando a aquel infierno en busca de una verdad que no sabía si encontraría.

—Lo sé, y se lo dije —convino, con gesto serio—. Por eso, si no regresa en quince minutos, yo mismo iré a buscarla.

—Liath... —susurró Nessie por primera vez, con la voz quebrada.

—¡Nena! ¿Cómo estás? —se apresuró a preguntarle Bran, corriendo hacia ella para tomarle la mano.

Pero Nessie no parecía querer hablar más. Aquel nombre fue lo único que salió, rasposo y quebrado, de su garganta. Su mirada seguía vacía y perdida, como si buscara la paz lejos de allí, lejos de aquel monasterio.

—Toma, hijo —el exorcista le ofreció una taza de café color azabache. El olor era fuerte, casi ácido. Pero Bran lo necesitaba. Era

imprescindible que se mantuviera despierto y alerta frente a cualquier amenaza.

Al coger la taza, Bran notó que las manos de Malcom ya no estaban vendadas. No había rastros evidentes de cortes. El exorcista les había dicho que se había herido con los cristales rotos de un vaso, pero si eso fuera cierto, debería tener cicatrices. En cambio, sus manos no mostraban ninguna herida evidente, solo unos pequeños puntos rojos en las palmas, como si hubieran sido provocados por agujas.

La imagen obscena de la muñeca vudú cruzó de repente su mente, haciéndole sospechar. Si Malcom se había herido con aquella muñeca, quizás el maligno había penetrado en él, actuando a través de su cuerpo.

—¿Qué dijo que le pasó en las manos? —volvió a preguntar Bran, fingiendo indiferencia.

Malcom le sonrió como un padre a su hijo. Pero no era una sonrisa tierna. Su rostro se iluminó con una expresión de pura maldad. Parecía haberle leído la mente. Parecía oler sus sospechas.

—Estaba recogiendo fragmentos de un espejo roto —confirmó con tranquilidad, con los ojos clavados en los de Bran, desafiantes.

—Cuando nos vimos... —empezó Bran, tenso— usted dijo que se había hecho daño al recoger el cristal de un vaso roto. ¿Nos engañó, verdad?

Lochlann y Nessie seguían allí, atrapados en sus burbujas de miedo y trauma. Permanecían en silencio, como si sus mentes no estuvieran presentes.

—Parecen heridas de agujas... ¡Usted tocó la muñeca! Se infectó.

El exorcista soltó una sonora carcajada, aplaudiendo. A Bran se le erizó el vello de la piel.

—Te laudo, Bran, quod id coniectasti! —le felicitó, divertido.

—No entiendo latín.

—Te felicito —repitió Malcom con serenidad—. Lo adivinaste.

Durante un instante, Bran juró que le faltaba el aliento. Pensó en sus amigos, sentados a su lado. Pensó en Liath. Tal vez, con suerte, el maligno solo estaba jugando con él, y ella estaría a salvo. Pensó en sí mismo, en James, en la culpa que llevaba años arrastrando y que aún lo visitaba cuando menos lo esperaba.

—¿Te encuentras bien? —le preguntó el exorcista, notando cómo su frente pálida empezaba a empaparse de sudor.

Un cristal. Una sombra. Una mano tocándole. Un grito ahogado. Unos ojos impenetrables clavados en los suyos.

¿Qué le estaba pasando? ¿Podía ser que Malcom lo hubiera drogado? Quería gritar, avisar a Nessie y Lochlann, que aún parecían ausentes. Pero justo entonces su cabeza empezó a perder contacto con la realidad. Era como si estuviera bajo el efecto de hongos alucinógenos. No podía pensar. No podía actuar. Solo podía sobrevivir.

—No temas. Ahora mismo te llevaré algo para que te sientas mejor —fueron las últimas palabras que escuchó antes de ver cómo el exorcista se deslizaba hacia la oscuridad... y él perdía el conocimiento.

* * *

Liath volvió a descender por aquella misma escalera que, hacía apenas unas horas, la había llevado a las entrañas del maligno. Una vez más, la temperatura del ambiente bajó abruptamente, haciéndola estremecer, y el olor a humedad y madera vieja se filtró por sus narinas.

Esta vez estaba completamente sola, acompañada únicamente por sus miedos y sus heridas, que atraían al demonio como la miel a las abejas.

Sus pasos retumbaban por las paredes desnudas de la escalera. Un crujido bajo y siniestro la hizo detenerse, con el corazón en la garganta.

Miró bajo sus pies para ver qué había pisado y soltó un suspiro de alivio al descubrir que solo se trataba de una hoja de papel amarillenta. No sabía cómo había llegado allí, pero no parecía importante: no contenía ningún mensaje.

Avanzó unos pasos más, empezando a entrever la muñeca vudú, que la observaba en silencio con su guiño torcido, como esperando que se acercara. Pero no era la muñeca lo que Liath buscaba.

Finalmente llegó ante la vitrina que contenía el famoso diario de Grimsley. Rezaba por encontrar alguna explicación —por descabellada que fuera— que la ayudara a salir con vida de aquella pesadilla en la que ella y sus amigos se habían metido de cabeza... y que ahora maldecía.

La vitrina estaba cerrada, blindada. Liath sabía que la única forma de abrirla sería romper el cristal, que no parecía especialmente resistente. Solo esperaba no equivocarse. Un paso en falso y lo arruinaría todo.

Miró a su alrededor y tomó un objeto peculiar, esculpido en roca, perfecto para cumplir su cometido. Sabía que no debía tocar nada: la energía oscura de esos objetos podía filtrarse por los poros de la piel y comenzar su sórdido recorrido dentro de ella. Pero no tenía otra opción.

Con un golpe seco y certero, estrelló el cristal, que se rompió en mil pedazos sin oponer la más mínima resistencia. Era como si el libro deseara salir de allí, y ella acababa de abrirle un canal.

Tomó el manuscrito con manos temblorosas. Una carta del tarot, representando el arcano mayor del Diablo, señalaba un fragmento concreto:

"Una verdad me golpeó como una certeza implacable: aquella muñeca debía ser aislada cuanto antes por el bien de la humanidad. Pero no sería tan fácil, pues ya había encontrado al verdugo que la defendería. Aquel niño, que nada tenía ya de infantil salvo su menuda estatura, se elevaba siniestramente sobre la cama, observándonos con ojos ausentes. Parecía flotar en el aire. Me froté los ojos, intentando asegurarme de que no era una ilusión. Pero cuando volví a enfocarlo, su rostro estaba a escasos centímetros del mío. —Grimsley... eres mío —susurraron sus labios torcidos en una macabra sonrisa. Y en ese instante, mi corazón dejó de latir. La muñeca, que hasta entonces había permanecido quieta junto al niño, ladeó su cabeza hacia la puerta. Esta se cerró de golpe tras la madre del niño, y una carcajada espantosa brotó como una gárgara de la garganta del pequeño, que seguía echando espuma por la boca. —Hasta aquí llegaste, amigo mío —me amenazó el demonio—. Después de hoy, nada volverá a ser igual para ti".

Liath leía sin poder parar, completamente enganchada a aquel testimonio. No podía evitar preguntarse cuántos horrores había enfrentado aquel hombre que pasó a la historia —quizás injustamente— como retorcido y poco ortodoxo. Lo había estudiado en una clase de demonología, y ahora lo vivía en carne propia.

Hasta hacía nada, ese hombre era solo una página más en su libro de texto. Ahora, tal vez, era su última esperanza para enfrentarse al demonio.

Siguió leyendo conforme la penumbra le permitía descifrar aquellas palabras escarlatas, que parecían escritas con sangre,

cuando un ruido a su espalda la sobresaltó.

No estaba sola.

Alguien la observaba a unos pocos pasos de distancia, desde la oscuridad de las escaleras. Era una presencia incómoda. Molesta. Cargada de una amenaza incipiente.

—Te dije que no te acercaras a ese diario... —la reprendió una voz vagamente familiar, aunque apenas distorsionada.

Liath se dio la vuelta, sorprendida por lo cerca que aquella voz la había alcanzado. Malcom, quien hacía apenas unos segundos parecía estar a varios metros, ahora se encontraba a escasos centímetros. La expresión de su rostro había cambiado: más hosca, más siniestra. Los ojos completamente en blanco, como si estuviera poseído. Parecía otra persona.

Liath tragó saliva antes de contestar:

—Lo... lo siento, Malcom. Estaba buscando respuestas.

Malcom siguió observándola en silencio, la cabeza ligeramente ladeada.

—Lo siento, Liath. No existen respuestas cuando el mal te reclama. El mismísimo señor oscuro fue quien se llevó a tu madre. Deberías saberlo ya.

Liath retrocedió instintivamente unos pasos, incapaz de soportar la cercanía del exorcista. Observó sus manos, ahora sin vendas, y un húmedo escalofrío de sudor bañó su piel.

No había heridas visibles. Ninguna cicatriz. Entonces... ¿qué le había pasado realmente?

—¿Dónde está Bran? —consiguió preguntar en un susurro, como si un mal presentimiento se hubiera instalado de golpe en su mente.

El exorcista sonrió levemente.

—Diría que él también está luchando contra sus propios demonios.

Una carcajada aterradora salió acto seguido de su garganta, mezclándose con susurros y el eco de unos pasos lejanos. Era como si el sótano tuviera una melodía de fondo, una de esas que se escuchan en las películas de terror. Hasta ese instante, ella no se había percatado de esos susurros, de esas presencias que le hablaban tan de cerca.

—¿Cómo sabes lo que le pasó a mi madre? —preguntó, notando cómo sus piernas se volvían de gelatina. Se sentía floja. Vulnerable. Un trapo sucio más en aquella habitación antigua y enterrada.

El exorcista pensó en responder, aunque no sin antes jugar un poco más con ella.

—De la misma forma que sé lo que les pasó a tus otros amiguitos... Nessie... ¡Pobre chica! Aún me pregunto dónde estaba su Dios cuando, en la escuela, siendo adolescente, le hacían bullying... Cuántas veces intentó poner fin a su vida... Cortar su piel para que el dolor en su alma se anestesiará y encontrara alivio en su carne... Pero yo estaba ahí. Yo lo vi todo. Yo era esa voz que la animaba a seguir...

—¿De qué estás hablando? ¿Quién eres?

Malcom estalló en otra profunda carcajada, hablando ahora con voz de mujer. Con su voz.

—No pienso revelarte mi nombre, Liath Ravenscroft. Pero sí te diré algo más curioso sobre tu querido Lochlann: ¿Sabías que estuvo años acosado por una hermana en un orfanato católico? Jajajaja. Esa hija del demonio... ella sí que le hizo la vida imposible... Jajajaja.

Liath tragó saliva, notando cómo algo afilado le cortaba bajo el pie. Quizás uno de los cristales de la vitrina que había roto. Lochlann nunca le había contado todo lo que había vivido, aunque ella podía imaginar lo duro que fue.

—Y Bran... mi asesino favorito. El que se cargó a su amiguito cuando eran poco más que adolescentes. No fijó bien el mosquetón y... ¡puff! Jajajajaja. ¿Te lo imaginas? El pobre chico cayendo al vacío. El miedo, la desesperación, la incredulidad... todo a la vez. Ah, Bran... ¡digno hijo mío!

—¡Fue un accidente! —afirmó Liath, casi gritando—. ¡Bran no es ningún hijo tuyo! Quizás se equivocó con ese maldito mosquetón, pero él nunca quiso matar a nadie.

El exorcista la miró con una expresión indescifrable, mezcla de hielo y maldad. Su voz volvió a ser la de un hombre. Profunda. Ronca. Aterradora.

—Así que, según tu razonamiento, tú también eres una pobre inocente como él... y no la asesina que mató a su madre. ¿Es eso cierto?

Tal vez por el malestar, tal vez por la conmoción o el estrés, Liath empezó a marearse. Su mente quería desconectar. Salir de aquella pesadilla. Encontrar un resquicio de luz que le dijera que no estaba enloqueciendo.

—Tu madre murió asesinada por ti —siguió el exorcista, implacable, hundiendo más en la herida que nunca pudo sanar—. Tu nacimiento la sumió en una profunda depresión que la llevó a quitarse la vida cuando tú aún eras un bebé. Fuiste la única persona que presencié su muerte, antes de que tu padre volviera a casa y... te socorriera.

Aquellas palabras... Liath sabía que no eran ciertas. Sabía que el demonio era un experto en la manipulación y la mentira. Pero esas frases se habían abierto paso hasta su alma, transformándola. Algo dentro de ella estaba cambiando. El demonio se le acercaba, y el pequeño crucifijo que colgaba de su cuello no sería suficiente contra el inmenso sufrimiento que volvía a poseerla.

Su madre. La mujer que le dio la vida y que, lamentablemente, no consiguió verla crecer por culpa de una depresión postparto que no le dejó salida.

Ya de mayor, cuando preguntaba por ella, su padre le confesó con suma tristeza que nadie se había percatado del estado mental que arrastraba. Detrás de cada sonrisa vacía, detrás de la tranquilidad que siempre intentaba aparentar, se escondía un abismo. Su madre era actriz de teatro, y fingir siempre había sido un arte que dominaba a la perfección.

—Y lo mejor de todo... Tu madre está aquí —concluyó el exorcista, una última estocada directa al corazón.

Liath no sabía por qué, pero aquellas palabras le recordaron de inmediato a la escalofriante aparición que había presenciado dentro del coche con sus amigos: aquella mujer tendida en el suelo, cubierta de sangre.

En aquel momento no lo había asociado, porque cuando su madre se suicidó ella era aún muy pequeña para recordarlo. Pero ahora, al recordar aquella figura, había rasgos que indudablemente le pertenecían: el color del cabello, la estatura, su figura delgada y grácil, incluso después de haber dado a luz.

—¿Qué es lo que quieres de mí? —preguntó finalmente en un susurro, cayendo por primera vez en la cuenta de que jamás saldría de aquel sótano indemne. Había estudiado demonología y leído manuales sobre los exorcismos más famosos, pero aquella entidad era demasiado poderosa. Su inexperiencia no le serviría de nada.

—Hasta aquí llegaste, amiga mía —la sentenció el demonio, usando las mismas palabras que ella acababa de leer en el diario—. Después de hoy, nada volverá a ser igual para ti.

Un leve ruido, como un suave crujido, llegó a sus oídos y la obligó a mirar en dirección a la muñeca vudú. Esta comenzó a levantarse y

a flotar sobre la silla donde reposaba, reina indiscutible de aquel feudo del mal.

Malcom reía, las manos detrás de la espalda.

—Sine me intrare —le ordenó con una mirada de fuego. Sus ojos ardían de pura maldad.

—No... no te dejaré entrar... —se negó ella, en un hilo de voz.

—Por tu voluntad, yo me he encarnado. Abre las puertas de la carne... y reinaré.

Liath pasó su mirada aterrada —los ojos abiertos como platos— de la muñeca al exorcista, hasta que finalmente los cerró de golpe. Notó una falta de oxígeno que comenzaba a desmayarla. Su cuerpo se sacudía con una respiración trabajosa. Estaba hiperventilando. Tal vez por la ansiedad, tal vez por el demonio que luchaba por colarse dentro de ella.

Liath estaba agotada. Ya no tenía fuerzas para seguir resistiéndose. Y finalmente... se rindió.

Sus rodillas chocaron contra el frío suelo de piedra del sótano, seguidas por las palmas de sus manos, hasta que todo su cuerpo se desmoronó. Inconsciente. Tendida allí.

CAPÍTULO 13

Malcom se echó hacia atrás con un movimiento ágil. La expresión de su rostro cambió de repente ante la perturbadora imagen de Liath, reflejada en sus ojos vidriosos.

Liath apoyó ambas palmas en el suelo, como si fueran garras de un animal a punto de atacar. Sus rodillas también rozaban el suelo, pero esta vez no se levantó. Permaneció en esa siniestra posición a cuatro patas, cabizbaja.

Un murmullo animal salió de su garganta. Era un rugido grave, depredador, algo increíble de escuchar en la voz de una mujer.

El exorcista decidió mantenerse quieto, enfrentándola, aunque su cuerpo empezó a temblar cuando ella levantó lentamente la cabeza y lo miró a los ojos.

Su rostro era irreconocible: no quedaba rastro de miedo ni de ternura. Era una máscara de maldad, con los ojos desorbitados y una sonrisa torcida, como la de un psicópata que acaba de cazar a su víctima.

No había ninguna duda. Por fin estaba ocurriendo. La posesión. O como él prefería llamarlo: el trastorno disociativo de trance y posesión inducido.

El experimento científico en el que había estado trabajando durante más de un año junto a su equipo de investigadores

privados, operando clandestinamente a espaldas del gobierno escocés.

Malcom soltó el papelito que había recogido en las escaleras, en cuya superficie había atado unos hilos casi invisibles que permitían a la muñeca vudú levantarse de la silla y flotar por el aire. Fue una hazaña conseguirlo, ya que las agujas habían penetrado la carne de sus manos, pero al fin y al cabo, había dado sus frutos.

No solo había creado una ilusión capaz de trastocar la realidad, sino que también había hecho más verosímil su imagen de exorcista poseído. Y al parecer, las odiosas bacterias no lo habían infectado como temía.

La muñeca vudú cayó una vez más sobre la silla, mientras Liath comenzó a gatear a toda velocidad, abalanzándose sobre Malcom.

Él retrocedió con la misma rapidez, esquivando la amenaza, y corrió escaleras arriba, seguido por ella, que ahora parecía algo peor, mucho peor que un animal mortífero.

—¡Ya no hay escapatoria para ti, exorcista! —rugió una voz de hombre a sus espaldas.

Malcom había alcanzado casi la salida cuando Liath, detrás de él, empezó a erguirse lentamente. El exorcista no se atrevió a mirar atrás. Luchaba con la cerradura de la puerta, intentando abrirla, cuando unas manos increíblemente fuertes lo agarraron por los hombros y lo empujaron escaleras abajo.

Malcom cayó rodando, sorprendido por la fuerza que emanaba de aquella muchacha que, hasta hacía poco, parecía menuda y grácil.

Cuando llegó al final de las escaleras, ella abrió la puerta con un amago de sonrisa torcida en su rostro desfigurado por la locura. Empujó el pomo y siguió avanzando, gateando, rumbo a la gran sala de estar.

* * *

Unos gritos de terror se alzaron en el corazón del monasterio, teñidos de angustia y miedo, mientras Malcom —o mejor dicho, Dorian Crowhurst— se arrastraba hasta su habitación, donde se encontraba el único teléfono de cable en toda la estructura: el mismo que su predecesor Anthony usaba para comunicarse con la iglesia.

No tenía ni idea de dónde estaba Liath ni qué les estaba haciendo a sus amigos, pero algo ahí no cuadraba. Algo que el marco oficial del DSM-5 no contemplaba en su índice de clasificación internacional CIE-10.

Con las manos temblorosas, marcó el número de su compañera, la doctora Avery Grimshaw, para pedir auxilio.

La voz dulce y familiar de ella no tardó en responder al otro lado del cable.

—¿Qué tal va todo, Dorian? —preguntó, mientras él luchaba por mantener el control de la situación.

—Avery, creo que hemos conseguido inducir el trastorno disociativo en el sujeto cero, pero... —respiró hondo, obligándose a continuar— hay algo más. Algo más oscuro de lo que pensaba. Se ha desatado dentro de ella.

El silencio al otro lado del teléfono se volvió tan insoportable como una aguja hundiéndose en carne viva.

—Escucha, tenemos que abortar el proyecto. Revisar lo que está pasando. Nos arriesgamos a que algo espantoso se nos venga encima. Esa chica... su fuerza es descomunal. Tenía los ojos blancos, y te aseguro que no eran las lentillas que yo mismo me puse para simular mi propia posesión. Su voz, la forma retorcida y ágil en que

se mueve... Esto va más allá de un síndrome inducido. Es algo mucho más real.

Dorian Crowhurst, el psiquiatra que hasta ese momento había interpretado el papel del exorcista Malcom MacRae, acabó la frase sumido en el pánico.

—No hay nada más que hacer, Dorian —sentenció su compañera y directora del proyecto, con voz melosa.

—¡El proyecto ha tenido éxito! —se alegró ella, en tono jovial.— ¡Es estupendo! Después de décadas de estudio, hemos demostrado que el síndrome de posesión puede inducirse en sujetos sanos. Esto va a revolucionar la forma en que la ciencia explica ciertos fenómenos religiosos... digamos, aterradores. Cargarnos la vida de Anthony O'Derorain ha sido un efecto colateral, pero definitivamente ha valido la pena.

Una sensación desagradable se instaló en el pecho de Dorian. Él nunca estuvo de acuerdo con envenenar a Anthony para buscarle un reemplazo. En muchas ocasiones había propuesto convencer a la Iglesia para trasladarlo, o incluso encargarse ellos mismos de su retiro, sin recurrir a la sangre.

Pero los jefes del proyecto fueron implacables: Anthony era un cabo suelto. En cambio, nadie sospecharía de su muerte, sabiendo que vivía retirado y solo. Un plan despiadado que, en nombre de la ciencia, causó la muerte de un hombre cuya vida había estado dedicada a combatir el mal.

Aquel experimento secreto, no tenía nada de ético. Más bien era fruto de la mente retorcida de un puñado de psicópatas buscando la gloria sin importarles realmente las consecuencias.

—No estoy seguro de que lo entiendas, Avery... —reiteró Dorian, con la poca paciencia que le quedaba.

—Lo entiendo perfectamente, Dorian. Es más, lo estamos viendo todos. El sujeto cero. Nuestro caso de éxito.

—¿Lo estáis viendo? —preguntó el psiquiatra, sin comprender.

—¡Claro que sí! ¿De verdad creías que estabas aislado?

Instalamos una red de fibra óptica oculta destinada a transmitir con las cámaras. Vuestros dispositivos no podían detectarla, y aparte, al no haber cobertura de antenas de telefonía, los móviles sabíamos que quedarían inservibles. Pero si, las cámaras que colocamos por todo el monasterio sí que se conectaban. Ay, Dorian... qué ingenuo eres a veces.

—¿Por qué me lo ocultasteis? —insistió, temblando ahora de rabia.

—Vamos a ver... ¿Cómo creías que simulábamos voces, creábamos hologramas engañosos con la IA y todos los demás estímulos que necesitábamos, además de las drogas, para manipular a esos pobres chicos? ¡Está claro que necesitábamos una red! Ay... Dorian.

—Muy bien, Avery. Entonces dime: ¿Cuál es el plan ahora?

Algo dentro de él le decía que ya no podía confiar en aquella mujer ni en el resto del equipo. Se sentía usado. Abandonado a la merced de algo ignoto... algo que parecía haberse despertado realmente en aquel lugar.

Los gritos de los chicos habían cesado, como si alguien —o algo— los hubiera silenciado. Por un instante, Dorian temió lo peor.

—Mmm... Veamos. Yo diría que, llegados a este punto, solo me queda felicitarte por el excelente trabajo que has realizado... y desearte muy buena suerte. O, espera, mejor aún: ¡Que vayas con Dios!

Avery se rió por lo bajo. Una sonrisita complacida, digna de una psicópata sin miramientos. El experimento había tenido éxito. Todo

estaba perfectamente grabado y documentado.

A ella le daba igual si no entraba en el marco de la legalidad. Le daba igual si había un cadáver de por medio. Tampoco le importaba si ese experimento existía gracias a sus víctimas.

La doctora colgó la llamada. Luego, con un gesto de la mano, llamó a su compañero Jaxon Montgomery.

—Dorian nos ha confirmado que podemos abortar el proyecto — le explicó con la misma sonrisita de antes, dibujada en su rostro infantil, a pesar de rondar los cincuenta años.

—¿Podemos acabar con todos ellos? —preguntó el hombre, dudando.—¿Con Dorian también?

—Algo me dice que no hará falta —confirmó la doctora, guiñándole un ojo, al ver la imagen de una Liath más aterradora que nunca... justo detrás de la puerta de la habitación desde donde Dorian la había llamado.

CAPÍTULO 14

Un fuerte golpe hizo temblar la puerta: una simple lámina de madera que ahora representaba la única barrera entre él... y el demonio encarnado.

Dorian no creía que el estado de aquella mujer fuera enteramente fruto del experimento. Había algo más oscuro detrás, algo que la doctora Avery se negaba a reconocer.

—Finitum est, Dorian —tronó la voz de un hombre al otro lado.

"Se acabó, Dorian", le había dicho. Lo había llamado por su verdadero nombre. Nadie allí conocía su identidad real, y eso, lamentablemente, confirmaba su teoría: fuera lo que fuera lo que le había ocurrido a la chica, tenía poco —o nada— que ver con el experimento.

Dorian decidió permanecer en silencio. Sabía que tenía los minutos contados, y que seguir interpretando el papel de exorcista ya no le serviría de nada.

Con un golpe espantoso, la puerta medio cedió. Dorian se sobresaltó. Era una puerta de roble, espesa, demasiado dura para que un ser humano la derribara. Pero ante semejantes embestidas, parecía haberse vuelto de cartón.

Otro golpe. Más fuerte. Más violento. Más cruel que el anterior. La puerta se abrió por completo, revelando a una Liath desaliñada, cubierta de sangre, rabiosa.

Dorian se arrodilló ante semejante imagen, arrepentido por todo lo que había hecho, con la certeza de que el infierno existía... y que él se había ganado un pasaje en primera clase.

Liath entró moviéndose de lado a lado, como un zombi. Su andar era descompuesto, retorcido, pero sus intenciones eran más que claras.

Levantó una vez más el crucifijo de madera, puntiagudo, el mismo que había provocado un corte profundo a su predecesor, Anthony. Estaba manchado de sangre y olía a hierro húmedo.

—Yo te condeno —fueron las últimas palabras que Dorian escuchó antes de que el crucifijo penetrara con una fuerza y brutalidad inaudita en su garganta, justo debajo de la nuez, provocándole una hemorragia tal que, en cuestión de segundos, sus pulmones se llenaron de sangre.

—Infernum sit tibi nova domus.

"Que el infierno sea tu nuevo hogar". Se despidió sin más.

CAPÍTULO 15

Thorne Fairfax había visto muchas cosas en su vida. Había presenciado la muerte de compañeros alistados con él en el ejército. También se vio involucrado en la pérdida de colegas durante su tiempo en el cuerpo de policía, antes de decidir abandonar los trabajos del Estado para dedicarse a algo más tranquilo: agente de seguridad del proyecto conocido como END, abreviación de En Nomine Dei. En nombre de Dios. Un nombre curioso, considerando la naturaleza despiadada de sus experimentos.

El caso es que, si alguien lo interrogara y le pidiera que describiera lo que sus ojos habían presenciado aquel día, estaba seguro de que lo tomarían por loco.

Una mujer menuda, delgada, de cabello rojo, completamente ensangrentada. Salía de las llamas de un edificio, moviéndose con una quietud inquietante, como si el fuego que la devoraba no la afectara. Caminaba despreocupada, como si las llamas fueran una capa más de su piel.

Thorne había hecho saltar por los aires aquel lugar, detonando varias bombas alrededor del monasterio y provocando un incendio para borrar cualquier prueba de los experimentos. Contaba con que nadie en su interior hubiera sobrevivido. Eso, claro, si alguien seguía con vida antes de su llegada.

Y ahí estaba ella. Aquella joven, completamente desfigurada, con una expresión ardiente y fría al mismo tiempo. Parecía no sentir dolor. Parecía inmune al fuego que consumía cada centímetro de su cuerpo.

Thorne la apuntó con su fusil de caza, directo al estómago. Disparó.

"In nomine patris", pensó.

La chica se dobló, empujada por el impacto de la bala que le atravesó el vientre. Pero aun así, se incorporó y siguió avanzando hacia él.

Entonces, el ruido de un segundo disparo resonó alto, perdiéndose entre los árboles de Glen Affric y dentro del cuerpo de ella.

"Et filii".

Esta vez, Thorne le había disparado al pecho. Pero lejos de derribarla, ella continuó su marcha, escupiendo sangre entre una sonrisa de pura diversión.

Thorne se quedó paralizado por un instante, frotándose los ojos como si no pudiera creer lo que estaba viendo.

Finalmente volvió a apuntar. Era su última bala, antes de salir corriendo de allí, despavorido, como alma que lleva el diablo.

Un último disparo. Desesperado. Cargado de miedo.

"Amen".

El tercer disparo le atravesó la frente. Tres disparos. Un solo sello. Liath —o lo que quedaba de ella— colapsó de repente al suelo, sin vida, a unos pocos pasos de él.

Thorne tomó aire. Por un instante, había olvidado cómo respirar.

"¡Que Dios se apiade de ti!", fue lo último que pensó antes de marcharse, dejando que el cuerpo de la chica ardiera junto con todo lo demás.

CAPÍTULO 16

Aquella mañana, Avery se sentía particularmente positiva, a pesar del cansancio que arrastraba. Tenía una reunión a las nueve para presentar el caso Grimsley, y se había pasado toda la noche preparando el PowerPoint y editando los vídeos procedentes de las grabaciones.

Todavía no conseguía creer que lo habían logrado. Mediante técnicas de sugestión y drogas, habían conseguido doblegar a esos chicos e inducir el trastorno disociativo en el sujeto cero: Liath Ravenscroft.

Todos los ojos estaban clavados en ella como pequeñas ametralladoras, mientras se acercaba a la pizarra electrónica para mostrar los resultados. Un silencio espeso, cargado de misterio y expectativas, se cernía sobre los presentes, roto solo por el sonido rítmico de sus tacones de aguja golpeando el suelo.

—Buscamos a cuatro sujetos así, al azar. ¿Qué más daba que necesitáramos personas conectadas con la religión y con un pasado lleno de heridas y traumas? —empezó, irónica, provocando risas en la sala.

Cuando el murmullo y los aplausos cesaron, continuó:

—Encontré en las redes a unos influencers que investigaban casos paranormales y me puse a seguirles. Al fin y al cabo, todos

tenemos dentro de nosotros esa herida que nos atormenta en las noches sin sueño. ¿Nada más fácil, verdad?

Avery se interrumpió unos segundos para reforzar su discurso y crear expectativa.

—Pues ya os diré... Reconstruir la vida privada de aquellos chicos fue como abrir una caja de Pandora. Y ni os cuento lo que costó engañarles con el falso exorcista y la iglesia. Pero esos son solo detalles, si queremos.

Otra pausa bien estudiada. Cambió la diapositiva del PowerPoint antes de seguir.

—Y bien, una vez que los astros se alinearon, nuestro querido —y ahora fallecido— doctor Dorian Crowhurst, que en paz descanse, empezó a desempeñar su papel: suministrar drogas y actuar como exorcista. Queríamos atacar a todos los sujetos, utilizando a Dorian y la tecnología como motores de manipulación. Todo esto, evidentemente, era necesario para afectar al sujeto cero: Liath Ravenscroft.

La doctora pensó una vez más en el plan. Contado así, no parecía tan difícil. Pero la escenificación de ciertas escenas, las voces, la temperatura, las alucinaciones, el agente de seguridad entrando y saliendo a escondidas... Todo había supuesto semanas de trabajo. Nada se dejó al azar. Todo era una maldita representación que debía seguirse al pie de la letra.

—Liath fue la única persona a la que no se le suministraron drogas ni estímulos extrasensoriales. Queríamos engañarla de otra forma: a través de la manipulación de la conciencia alterada de sus amigos y del papel que Dorian representó hasta su último aliento.

Avery se sumió en otro silencio, más largo que los anteriores, fingiendo como una perfecta actriz, lágrimas en los ojos. Se suponía que al recordar el nombre de su antiguo compañero debía

conmoverse. Mostrarse vulnerable, aunque no lo fuera, siempre funcionaba en cualquier empresa. Daba una dimensión humana a personas sin escrúpulos como ella.

—Y finalmente, después de varios esfuerzos, Dorian, siguiendo el protocolo que le marcamos, consiguió alterar temporalmente su conciencia, suplantándola por otra entidad. Y esta, amigos míos, es la prueba de cómo una persona puede debilitarse e incluso transformarse por completo si se la somete a los estímulos adecuados. Aquí lo tenéis.

Pulsó la tecla de reproducción del vídeo, y la imagen de una Liath gateando en las sombras con una agilidad descomunal apareció en la pantalla, avanzando por los largos pasillos del monasterio de Grimsley. La gente, aunque no sin sentir una punzada de rechazo, aplaudió por el éxito alcanzado en la comunidad científica. Una secta cuya maldad se escudaba en el nombre de la ciencia.

Después de estas pruebas, ellos querían demostrar que supuestamente, la posesión podía ser inducida y el mal convertirse en un reflejo de nuestras propias heridas.

Thorne no sabía qué pensar. Observó aquel vídeo con una mezcla de repugnancia y terror. Él había sido el único en ver a la chica, o lo que quedaba de ella, aún con vida. Y su mirada lo perseguía ahora todas las noches... incluso durante el día. Creía que estaba enloqueciendo: la veía por todas partes, como una presencia omnipresente en su vida.

Él, como Dorian, coincidía en que el estado de la chica no era solo fruto de un simple trastorno mental transitorio. Aquella joven parecía salida del mismo infierno para acabar con todos ellos. Mató a sus amigos. Mató al psiquiatra. Y seguramente lo habría matado a él, si su fusil no lo hubiera protegido a tiempo.

Pero no dijo nada. Tampoco aplaudió. Se quedó quieto, con un sudor frío recorriéndole la frente, cuando la vio aparecer una vez más.

Estaba al lado de Avery. Olisqueándola. Con una sonrisa obscena en su rostro cadavérico.

Pero nadie se dio cuenta. Nadie... excepto él.

FIN

AGRADECIMIENTOS

¡Gracias, lector, por estar aquí, por dedicar tu tiempo y tu atención a estas palabras!

Gracias por permitir que esta voz te haya acompañado, aunque solo haya sido por un par de horas.

Este agradecimiento no es solo por leer, sino por existir como lector. Porque en un mundo saturado de ruido, elegir leer es un acto de generosidad.

Gracias, sinceramente, por ser parte de este viaje.

Si te ha gustado el libro, te agradecería mucho que lo recomendaras; me ayuda a llegar a más lectores. Después de esta lectura, me gustaría conocer tu opinión y que me dejaras una reseña en Amazon. Si te has quedado con ganas de más, puedes echar un vistazo a mi catálogo que te dejo a continuación y seguir mi [página de autora](#) en Amazon para no perderte ninguna novedad.

¡Un gran abrazo!

Micol Masoni

LIBROS DE ESTE AUTOR

La Última Función Tras La Sonrisa Pintada

UN THRILLER PSICOLÓGICO OSCURO DONDE EL LUJO ESCONDE LOCURA Y EL FINAL TE DEJARÁ SIN ALIENTO

En la Costa Brava, entre mansiones impecables, fiestas exclusivas y silencios incómodos, S'Agaró se convierte en el escenario de una pesadilla. Un circo oscuro llega al pueblo. No trae risas. Trae sombras... y un pasado que se niega a permanecer enterrado.

La aparente calma se rompe cuando el heredero de los Ponta aparece muerto sobre el escenario, disfrazado de payaso. Una escena grotesca. Una burla macabra. La tragedia convertida en espectáculo.

¿Fue un accidente? ¿Un crimen pasional? ¿O la pieza final de un plan cuidadosamente diseñado?

Nadie habla.

Nadie dice la verdad.

Todos parecen tener algo que ocultar.

Su esposa, incapaz de aceptar las versiones oficiales, inicia una investigación desesperada. A cada paso se adentra más en un laberinto de mentiras, obsesiones y recuerdos distorsionados, donde la realidad se fragmenta y la paranoia comienza a imponerse. Lo que descubre no solo amenaza con revelar al culpable... sino con quebrar su propia mente.

Secretos familiares enterrados
Manipulación psicológica y obsesión
Una verdad incómoda que nadie quiere afrontar

Ideal para lectores de thriller psicológico, novela negra y misterios intensos con giros perturbadores.

Si te atraen las historias donde nada es lo que parece y el peligro se esconde tras una sonrisa... este libro es para ti.

Escaneando Tus Ojos: El Proyecto Krahiv 5.0

Con la esperanza de llenar un vacío que lo llevó a una depresión profunda, Ryan decide someterse a una operación de índole experimental que le cambia la vida. Sin embargo, pronto descubre que las consecuencias del procedimiento van más allá de lo que él creía y, junto a Rebecca, K90 y Brazos Biónicos, toma la determinación de dismantelar la corporación dueña de los asistentes virtuales Krahiv, que se propone hacer millones a través de la implantación de chips que convertirían a la humanidad en cyborgs.

Somos Rebecca en aquel café, mientras llora leyendo sus vivencias; somos Ryan en la desesperación oculta de no sentirnos seres humanos; somos K90, quien nos muestra una fortaleza que, nutrida de la hostilidad y el rencor, rápidamente se desmorona. Así, a través del atisbo de la perspectiva de cada uno de los personajes de esta novela de ciencia ficción, se nos presenta lo más llamativo de este género en una historia centrada en el erotismo y el amor.

CONECTADA AL PELIGRO: El Proyecto Krahiv 5.0

CIBERAMOR, TRAICIÓN Y UNA RED QUE LO DEVORA TODO

Rebecca robó el chip más peligroso del planeta por amor, pero no sabía que ese acto sellaría su destino. Ahora, con la inteligencia

militar de última generación latiendo en su interior, su mente es el nuevo campo de batalla entre la humanidad que aún la habita... y la red que intenta consumirla.

En un futuro donde las megacorporaciones dominan las conciencias y la realidad digital es más letal que la física, Rebecca se conecta a la Deep Red, una red oscura, impredecible y viva. Lo hace para salvar a Ryan, un ciborg rebelde, fugitivo del experimento 5.0. Pero lo que encuentra dentro no es solo información ni control... es algo que la observa, que se adapta, que desea poseerla.

Una red que evoluciona con cada pensamiento.

Un amor que desafía la lógica y los límites de la carne.

Ciborgs, conspiraciones y una carrera contra el olvido digital.

Perfecta para fans de "Neuromante", "Black Mirror" y las distopías ciberpunk con alma.

Una novela autoconclusiva de ciencia ficción emocional y adrenalínica, donde la conexión más peligrosa no es con una máquina... sino con uno mismo.

¿Estás listo para adentrarte en la Deep Red?
